La esquina que mira

Prólogo

Hubo una esquina en la que mi vida aprendió a torcerse con dulzura y con agrio desarraigo. Esa esquina, la de Roffo y Cusco, en el barrio de Liniers, me dio un noveno piso que no era exactamente mío, pero que fue durante años mi segunda casa, el refugio donde aprendí que uno puede habitar más de un lugar sin dejar de pertenecer a ninguno. Antes de llegar allí, yo vivía en la Avenida Rivadavia 8650, en el corazón de Floresta, y ese fue mi primer territorio, mi infancia primera, el aire de los juegos, los pasos que no se olvidan. Pero el departamento de Floresta fue vendida cuando yo tenía apenas diez años, y en esa transacción, como ocurre en tantas familias porteñas, no sólo se traspasó una propiedad: también se entregó la raíz de mis días más inocentes, la niñez encerrada en un número de calle.

Liniers me recibió entonces, como recibe la vida a quien se emancipa de su niñez demasiado pronto, con un gusto agrio pero suave, con esa mezcla de cicatriz y caricia que tienen los comienzos forzados. El edificio de la esquina no era mío, pero lo hice mío a fuerza de estar, de crecer en sus pasillos, de mirar desde el ventanal cómo se movían las calles como venas que llevaban y traían vidas. Ahí encontré un hogar prestado, pero no menos íntimo, donde descubrí que una segunda casa puede transformarse en patria si uno la nombra con la intensidad de sus días.

A pocas cuadras de esa esquina estaba y está el club que me formó, el Club Atlético Vélez Sarsfield. Vélez fue más que un club para mí, fue el territorio de mis iniciaciones. Ahí conocí la colonia de verano, el agua clara de la pileta, los amigos que se hacen corriendo descalzos sobre el cemento caliente, la pasión de una hinchada que

late como un solo corazón. Pertenezco a esa hinchada, la llevo en la piel antes de que la tinta confirmara su presencia, el escudo tatuado es apenas la marca visible de una pertenencia que me antecede y me sobrevive. Vélez fue mi educación sentimental, el eco que aún resuena cuando pienso en Liniers como mi segunda casa.

Entre Floresta y Liniers aprendí una verdad que este libro pretende explorar, que las casas no son ladrillos ni direcciones, sino pasadizos del alma. Floresta fue mi raíz, la primera voz. Liniers fue el árbol que me adoptó, el barrio que me abrió sus brazos cuando yo no sabía qué hacer con el desarraigo. Y ese edificio en la esquina de Roffo y Cusco fue el hogar donde esos brazos se hicieron carne. Allí comprendí que cada mudanza no es sólo un cambio de techo, es un nuevo idioma que uno debe aprender para seguir habitando.

Un edificio nunca es sólo cemento. Un edificio es una ciudad vertical, una criatura de múltiples órganos que vive a través de quienes lo habitan. Sus ventanas son ojos que miran el mundo con pupilas cambiantes, a veces cansadas, a veces ansiosas, a veces llenas de una luz íntima que se escapa en la madrugada. Sus pasillos son plazas donde circula la casualidad del encuentro, vecinos que se cruzan sin saludarse, pasos que se repiten hasta volverse música anónima, conversaciónes amputadas que resuenan en las paredes como pensamientos en un cerebro colectivo. Cada piso es un barrio en miniatura, con su propio ritmo, sus propias tensiones, su propia manera de nombrar el silencio.

El edificio de Roffo y Cusco, en mi memoria, palpitaba. Cuando yo subía al noveno piso, sentía que entraba en un organismo vivo, un cuerpo que contenía cientos de sueños que coexistían al mismo tiempo, algunos acompasados, otros desacompasados, pero todos necesarios para mantener la ilusión de permanencia. Cada puerta cerrada era un misterio, detrás de cada picaporte había un universo entero de risas, discusiones, angustias o festejos que yo intuía sin ver. Tal vez por eso siempre me fascinaron los edificios, porque son

archivos invisibles de vidas, bibliotecas donde los libros no se leen, pero se escuchan.

Hay una psicología silenciosa en los edificios, nos enseñan, sin palabras, que la vida humana se sostiene en la paradoja de lo íntimo y lo colectivo. Uno cree habitar "su" departamento, "su" cuarto, pero en verdad habitamos en simultáneo a todos los demás, aunque no nos lo digamos. Las peleas de una pareja en el tercer piso atraviesan la medianera y se cuelan en los juegos de una niña en su cuarto. La radio encendida de un anciano en el séptimo se convierte en arrullo involuntario para el estudiante que no logra dormir en el octavo. Y esa fragilidad compartida nos recuerda algo fundamental, que el hombre nunca está solo, que incluso en su encierro participa de una coral invisible.

Me gusta pensar que un edificio es también un psicoanálisis en concreto, las paredes son las capas de la conciencia, el ascensor es la metáfora del inconsciente que sube y baja, llevando secretos de un piso a otro. Los vecinos que se encuentran en el hall de la entrada son como los pensamientos que, de pronto, se cruzan en nuestra mente sin explicación. Y la terraza, siempre la terraza, es el lugar de la libertad precaria, el cielo del atardecer, o el azulado de la primera noche, que parece estar al alcance de la mano, pero todavía enmarcado por barandas, como un recordatorio de que el vuelo humano siempre es vigilado por la gravedad.

En esa esquina, el edificio no sólo me enseñó lo que es un hogar, me enseñó lo que es una polis en miniatura, un laboratorio donde la soledad y la compañía se trenzan, donde cada ventana es un recordatorio y cada vecino es, de algún modo, uno mismo. Ahí descubrí que lo cotidiano puede tener la grandeza de lo mítico, que lo que parece simple, abrir la puerta de casa, esperar el ascensor, regar una planta en el marco de una ventana, encierra la misma densidad que un ritual ancestral. Porque lo humano, incluso en su mínima expresión, es sagrado cuando se lo mira con ternura.

Habitar nunca ha sido sólo ocupar un espacio, es ser ocupado por él. Los barrios nos reciben, los edificios nos moldean, y las casas terminan hablando por nosotros cuando ya no sabemos qué decir. Liniers, con su esquina de Roffo y Cusco, me enseñó que el hombre no pertenece únicamente a su sangre ni a su apellido, sino también a las paredes que lo vieron crecer, a las veredas que lo soportaron, a los balcones que fueron testigos de su silencio.

Pero retomando el eje anterior. Siempre he sentido que un barrio adopta como un padre severo y una madre secreta, con límites y dulzura, con golpes y con abrazos. Liniers fue ese padre madre que me recibió cuando Floresta se volvió recuerdo. Ahí descubrí que no hay mudanza que no sea también una mudanza del alma, cuando dejamos una casa, dejamos un yo. Y cuando entramos a otra, aprendemos a ser alguien distinto, aunque el rostro siga siendo el mismo. Esa es la psicología invisible de las mudanzas, son pequeñas muertes y nacimientos que se repiten a lo largo de la vida.

Por eso digo que este libro no es una colección de historias sobre vecinos, es un intento de que el edificio mismo hable. Porque en cada vecino vive un recuerdo de los otros, y en cada relato se cifra la coral de todas las voces. Así como los sueños revelan los secretos que no confesamos, los cuentos revelan las vidas que sobreviven en lo cotidiano y lo vuelven misterio. Yo sólo seré el escriba de esa música subterránea, el que traduce en palabras lo que las paredes ya saben.

He aquí mi fascinación, los edificios son ciudades comprimidas. Allí dentro cabe el amor y la traición, la esperanza y la rutina, la soledad y la multitud. Ahí se guardan ritos invisibles, el mate de la mañana, el llanto callado tras la medianera, el beso furtivo en la escalera, el portazo que anuncia un adiós. Todo queda grabado, como en un archivo secreto, en la materia misma del edificio. Y de ese archivo nace este libro.

Quisiera que el lector entre en estas páginas como quien empuja una puerta desconocida, sin saber qué lo espera detrás, pero con la

certeza de que hallará un fragmento de sí mismo en cada relato. Porque los vecinos no son ajenos, son reflejos, son metáforas, son variaciones de una misma sinfonía humana. En su rutina reconocemos nuestra propia fragilidad, en su dolor, nuestro propio desgarro, en su alegría, el destello que también buscamos.

Este prólogo termina, pero no cierra. Es apenas el umbral. Tras él se abre la verdadera casa, el edificio de la esquina, que ahora ya no mira sólo a Liniers, sino también a vos, lector. La esquina que mira no observa desde fuera, te incluye, te contiene, te hace su vecino imaginario. Porque, al fin y al cabo, todos vivimos en el mismo edificio, el de la existencia compartida, esa construcción interminable donde cada vida es una ventana, cada silencio un pasillo, cada historia un piso más en la ciudad infinita de lo humano.

Y en el país de las preguntas.

El que abre y cierra

Antes que amanezca, cuando la ciudad todavía está hecha de deseos y reflexiones, él ya está de pie. No usa marcador, se guía por el deslizamiento del primer tren y por la claridad que trepa, sencilla, en la medianera de enfrente. Baja con las llaves en la mano, un manojo que suena como un pequeño carillón de metal y enciende la luz del hall. La luz tarda un segundo en comprender que es de día por dentro, ese segundo es su territorio.

Barre la vereda de Roffo con un esmero que nadie ve. Las hojas se resisten a ser pasado, el polvo se levanta como si tuviera memoria. Él

las acompaña sin ansiedad, como quien negocia con las cosas y no las vence. De vez en cuando, mira la esquina, los primeros kioscos que abren, el que cruza apurado, el perro que ya conoce su nombre aunque él no lo haya dicho. Después alisa con agua el suelo para que la mañana llegue limpia. El agua corre por la canaleta y hace un ruido de épocas mejores. A esa música podría llamarla descanso.

Adentro, el hall es su templo sencillo. Revisa el buzón grande de correspondencia, ordena los sobres en hileras rectas, acomoda un paquete, endereza un felpudo que alguien dejó montado sobre sí mismo, como un insecto escondido evitando ser descubierto. Frota con un trapo la placa de bronce del portero eléctrico, que brille no por lujo, sino por respeto. Vuelve a encender otra luz, la de la escalera y el edificio responde: un zumbido bajo, el despertar de un obrero cansado. Buenos días, dice en voz baja, no sabe si a sí mismo, a la casa o al nuevo dia.

El ascensor es una mascota vieja a la cual hay que hablarle de cerca. Él lo hace, tantea el marco, escucha el timbre, ajusta con un destornillador la puerta tijera que a veces queda caprichosa. Sabe que todo mecanismo es una forma de carácter. Vamos despacio, le pide en secreto, y el ascensor, obediente, sube como quien recuerda una oración antigua. Del sótano trae un balde de lavandina, olor de convento humilde y un manojo de trapos gastados que lavará después, cuando el sol haya trepado la terraza. El movimiento se vuelve rito y el rito, pensamiento, no se limpia sólo el piso, se limpia la mañana para que otros puedan pisarla.

A esa hora aparecen los primeros fantasmas del día, una mujer que baja buscando el diario, un señor que sale a la estación con los ojos todavía sin estrenar, el chico que olvidó un cuaderno y vuelve corriendo con sus deseos siendo domesticados. Todos lo saludan de paso hola, buen día, qué frío sin verlo del todo. Él asiente con una sonrisa que conoce los matices, cómo cambia la voz del apurado, cómo se cae el ánimo en el arrastre de los pies, cómo la esperanza

tiene un timbre distinto cuando alguien espera una carta. El portero escucha. No con las orejas, con la casa.

Tiene en el cuarto de útiles una mesa de madera donde apoya el mate, el libro de partes y una radio pequeña que no enciende casi nunca, prefiere la música de los ascensores y los pasos. Desde ahí domina el tablero de luces de los timbres y ve el rectángulo limpio del hall como si fuera el escenario de una obra que nadie dirige. Se sienta un momento, toma un sorbo, anota algo en una letra diminuta foco pasillo 3ºA parpadea, caja correo 5ºB desfondada, reparar burlete puerta calle y luego se levanta, como si sus movimientos obedecieran a directrices que sólo él oye.

Lo que hace no tiene épica y, sin embargo, la tiene. Abrir y cerrar, barrer y encender, aceitar y enderezar, tareas discretas que sostienen un orden invisible. Él sabe lo sabe de un modo que no presume que el edificio no se mantiene de pie por la arquitectura, sino por la cortesía de las cosas. Una mesa agradece ser limpiada, una bisagra agradece el aceite, una planta agradece el agua tibia que no quema sus raíces. Así, cada día, practica una ética de lo mínimo. Y en esa ética hay una metafísica, si las cosas están en su sitio, el dolor duele un centímetro menos.

Los vecinos pasan. Unos lo llaman por su nombre, otros no recuerdan cómo se llama, pero saben que está. Él, en cambio, recuerda a todos, la señora que ve sin ver, el profesor que lleva más libros de los que lee, la pareja que discute susurrando en el descanso entre el sexto y el séptimo como si la altura volviera a las palabras menos peligrosas, el adolescente que sube con una pelota bajo el brazo y el mundo entero por estrenar. No es chusma ni curioso, es custodio. Toma nota para sí, como se toma nota del clima, no colecciona secretos, los resguarda.

A veces, cuando el hall queda vacío y el ascensor descansa en silencio, piensa en su trabajo como en una vocación vieja, anterior a su propio nombre. Se dice sin poesía que alguien tiene que estar en

el borde. Que las puertas no se abren solas, que la hospitalidad exige una mano y una mirada. Se lo enseñó la vida, o el padre, o nadie, hay que estar cuando todos pasan, hay que ver sin herir, hay que sostener sin invadir. El que abre y cierra no manda invita. Y esa es su forma de autoridad.

Sale un momento a la vereda y mira el cielo dividido por los cables, líneas que trazan una pentagrama improbable. Si supiera música piensa podría leer en esos cables lo que el barrio intenta cantar. Pero leer no hace falta, alcanza con escuchar. Un auto viejo maltratado suspira en la esquina, una persiana sube, la churrería larga su primer atisbo de fragancia despertina y un olor incomprensible desarma todas las filosofías. Vuelve adentro con esa fragancia fantasma en la nariz y, antes de que alguien llegue, endereza una flor en el jarrón del palier. Nadie notará que ayer estaba torcida. Eso también es su trabajo, que lo correcto parezca natural.

El timbre suena breve. Atiende. Sí… ya le abro. Dos tonos, y la puerta electromagnética emite su clic de bienvenida. La mujer pasa, el niño la sigue, el cochecito roza el marco y él, en un gesto ya aprendido, sostiene la hoja con el pie para que nada golpee. Hay acciones que el cuerpo memoriza mejor que el alma. Todo es sencillo y todo es grave, si la puerta golpea, el día empieza con un golpe, si no, la mañana avanza en paz.

Vuelve al cuarto, apoya las llaves, anota otra cosa en el libro de partes ruido raro en caldera y escucha, de lejos, un goteo en el centro del edificio. Sabe dónde es. Sabe ir. No corre, camina con esa calma de cirujano que aprendió de sí mismo, y mientras cruza el pasillo, piensa —no sabría decir por qué— que cada goteo en una cañería es una sílaba que la casa le dicta. El edificio, ciudad vertical, le habla en mínimos golpes de agua.

Afuera ya es de día. Adentro, también. Y sin embargo, él presiente —como se presienten las lluvias antes del pronóstico— que hoy algo hará un ruido distinto, un acorde levemente desplazado en la música

general. No sabría nombrarlo: apenas una brizna de inquietud en la yema de los dedos, como si una llave, entre todas, estuviera pidiéndole que la elija.

Se toma un segundo. Ajusta su gorra. Toca el llavero —ese pequeño rosario profano— y se encamina hacia el sótano. Todo comienza así, con un hombre que abre una puerta.

El goteo lo guía como un hilo pobre hacia el sótano. La luz del tubo titila dos veces antes de decidir quedarse, y en ese titubeo hay una cortesía, le da tiempo a los ojos para ajustar el mundo. El portero sabe que la humedad tiene una gramática, gota que cae sobre metal suena a advertencia, gota que cae sobre tierra suena a demora, gota que cae sobre agua es carta perdida. Esta es de las últimas. Sigue el rastro con una paciencia antigua, bordeando las cañerías que cruzan el techo como tendones de un maquinista cansado. El piso habla con frescura. A la derecha, detrás del mueble donde guarda pinturas y restos de baldosas, el agua arma un charco redondo como un ojo.

Cierra una llave, aprieta una abrazadera, acomoda un sello. El goteo reduce su cadencia hasta quedarse en un silencio agradecido. Entonces lo ve, un sobre humedecido pegado contra la pared del fondo, caído quién sabe cuándo por una hendija del buzón central que desagua hacia un conducto viejo. Lo toma con cuidado. La tinta corrida lo volvió acuarela. El remitente está borrado por la marea, pero el destinatario alcanza a leerse, como si el agua decidiera no tragarse ese nombre: Lucio Santoro, 4º C.

Frena. En el 4º C no vive nadie con ese nombre desde hace años. Recuerda una mudanza nocturna y rápida, cajas apiladas contra el ascensor, una pareja callada que evitaba la mirada, una puerta que se cerró con una delicadeza sospechosa. Piensa —sin morbo— en el modo en que algunas vidas pasan como sombras por los pasillos y dejan su frío fijo en la baranda. Mira el sobre, sellos superpuestos, marcas de ida y vuelta, un pequeño cuadrado rojo que dice Destinatario desconocido. Devolver. El papel, vencido, huele a

perfume tenue, casi a colonia extinta, y al mismo tiempo a sótano, mezcla de deseo y tierra.

No lo abre. No es suyo. Lo lleva a su cuarto de útiles como quien salva una antigüedad maltratada. Ahí, sobre la mesa de madera, conviven su mate, el cuaderno de partes y otro cuaderno, más pequeño, de tapa verde oscuro, sin título. Ese cuaderno no registra focos ni burletes, registra gestos. Lo empezó una tarde de invierno, sin método ni plan, como empiezan las costumbres que sobreviven a los reglamentos. En la primera página escribió: Libro de la Casa. No anota nombres completos, no clasifica por piso. Escribe cosas así:

— La risa de la 5ª que vuelve después de dos meses.

— El silencio del 7º que aprendió a regar a la tarde para no mojar el barandal del 6º.

— La tristeza que dejó el 2º en el ascensor ayer a las 20:14.

— La mano que duda cuando el 3º pone la llave, pero no pregunta cuando acaricia al gato.

No es chisme ni inventario, es recuerdo. Un modo de revivir a los que no dejan huellas visibles: los que barren su propia miguita, los que enderezan la felpita del palier, los que piden perdón al cerrar fuerte la puerta. En ese cuaderno, la vida se vuelve música menuda.

Apoya el sobre sobre el cuaderno verde. Lo mira. La letra del destinatario, ya lo ha dicho, se lee todavía como si resistiera al olvido. Santoro, murmura, y el apellido le hace cosquillas en la lengua como una palabra que alguna vez fue suya. No sabe qué hacer. Podría dejarlo en el casillero del 4º C, aunque ahí ahora hay una chapa en blanco. Podría devolverlo a la calle, como si la calle supiera más del destino que él. Podría abrirlo, pero no, hay misterios que ni el guardián debe cruzar.

Se sirve un mate para no decidir. Afuera, el hall se muestra producido. Como una mujer bien vestida. Adentro, la mesa sostiene

la carta con una paciencia maternal. El portero la seca con un papel de cocina, la alisa con la palma abierta gesto de enfermero y, sin pensarlo demasiado, la guarda en una caja de zapatos donde ya hay otras tres, sobres devueltos, postales sin punto final, invitaciones tardías a cumpleaños que no se hicieron o que se hicieron sin quien debía estar. En la tapa de la caja, escrito con birome azul, se lee: No entregadas. No es una colección, es un duelo manso.

El ascensor cumple su tarea matutina. Un timbre suena lejos. Antes de salir, escribe en el Libro de la Casa:

— La carta que insiste.

Y debajo, como si el lápiz tuviera voz propia:

— Tal vez el edificio tenga correspondencia pendiente con alguien que ya no vive acá.

Sube hasta el 4º. El palier está en paz. La luz del tubo, a media vida, arroja una claridad que parece invitar a hablar en voz baja. La placa del C está lisa. Pasa la mano para quitar una pelusa invisible: gesto inútil, gesto sagrado. Suena una puerta: del A sale una mujer con una bolsa, del B, nada. Se detiene un segundo frente a la puerta muda. El oído de quien abre y cierra oye más de lo que escucha: ese marco guarda una reverberación espesa, una permanencia que no pertenece a nadie. Buenas, le dice a la puerta. A veces saluda a lo que no contesta.

En el descanso entre el cuarto y el quinto, un bajón de tensión hace toser al tubo de la escalera. Ajusta el interruptor, le da dos golpecitos suaves, hay máquinas que entienden el mimo. Arriba, un ruido de agua arrastrada. Subirá después. Ahora baja de nuevo, en el hall lo espera el cartero con su aburrimiento prolijo. ¿Firmamos? Firmamos. Entre los sobres ve, como quien ve a un viejo amigo en una plaza, otra carta para Lucio Santoro. Esta no está devuelta, viene de lejos, reconocible por la estampilla pequeña con un faro y por la caligrafía terca, como de alumna aplicada. El cartero la deja, sin pensar, en el

casillero del 4º C, ahora vacío. Él la toma. El cartero no pregunta, los guardianes tienen permisos que nadie les da y nadie les quita.

Vuelve a la mesa. Observa esa insistencia que ya no parece casual. ¿Quién escribe? ¿Por qué a un sitio del que el destinatario se fue hace tanto? Llama al número viejo del 4º C que aún figura en un cuaderno de administración. Nadie contesta. Busca en su memoria algún rastro, la mudanza nocturna, el olor a plástico de las mantas, el cuadro envuelto con prolijidad angustiada, la mujer de suéter rojo que sonrió sin dientes. Toca la orilla del sobre como se toca la orilla de un vaso cuando no se tiene sed pero se piensa en el agua. No lo abre.

En cambio, abre su cuaderno verde por una página limpia y se permite sólo esta vez una frase larga, menos apuntada y más confesiónal:

— A veces, cuando no sabemos a quién pertenece una carta, pertenece a la casa. Y si pertenece a la casa, me pertenece guardarla, no leerla.

Cierra el cuaderno. Guarda la nueva carta en la caja de No entregadas. En la tapa agrega, con letra más grande, una fecha. Parece una sentencia pobre.

Entonces recuerda el goteo. Vuelve al sótano para verificar que la abrazadera aguante. Todo está en orden salvo por un detalle, en la sala de medidores, colgado detrás de un tablero de madera, aparece algo que no estaba ahí o que él nunca vio: una llave vieja con una plaquita metálica ovalada. La plaquita tiene grabada una sola palabra, desigual, como hecha con punzón a pulso: Azotea. Debajo, diminuta, otra palabra: Trampa.

La toma. Es pesada, de metal gastado en el tacto, y deja un olor de ferretería y tiempo en los dedos. La gira, la mira contra la luz, la prueba en el aire como quien tantea un idioma nuevo. ¿Desde cuándo está ahí? ¿Quién la colgó? ¿Qué trampa nombra? Sonríe, no sabe por

qué. Quizás porque las casas, cuando están preparadas, empiezan a hablar con sustantivos.

Guarda la llave en el bolsillo derecho de la chaqueta, donde le gusta llevar las cosas que pesan más de lo que dicen. Subirá más tarde a la azotea, cuando el sol toque el tanque de agua y el viento de Liniers limpie las desgracias de las terrazas. Antes, acomoda de nuevo el cuarto, trapos al balde, trapo escurrido, mesa seca. Mira la caja de No entregadas como se mira a un niño que juega, y entiende —sin formulárselo— que su secreto no es la caja, ni la carta, ni la llave. Su secreto es ser el que decide lo que calla.

En el hall, la mañana ya es mediodía y el barrio suena pleno. Un vecino entra con bolsas de verdura, una nena arrastra una mochila con ruedas, el ascensor concede sin protestar. El portero vuelve a su lugar de siempre, pasa un paño limpio por el vidrio de la puerta y se ve por un segundo reflejado, un hombre con llaves, un hombre sin apuro, un hombre que guarda cajas sin abrir y palabras sin decir. Piensa porque pensar también es barrer que tal vez custodiar sea eso, sostener el peso de lo que no se muestra.

Mira la esquina. Una ráfaga dobla el diario de un kiosco y hace chasquear las hojas como banderas discretas. La azotea lo espera. La llave en el bolsillo calienta el muslo. Y una idea suave, intrusa empieza a empujarle el ser: lo que está arriba, alguna vez, estuvo abajo. Lo que calla la casa, elige a quién decírselo.

Descansa un rato. Se ajusta la camisa. Siente en la yema de los dedos la vibración leve de las llaves, como si aplaudieran. Y mientras abre la puerta para un cartero atrasado, sabe que en la próxima parte de su día habrá una puerta más. Y que esa puerta, a diferencia de las otras, tal vez lo abra a él.

Sube a la azotea a la hora en que el sol se quiebra de frente y deja todas las cosas con una sombra obediente. El hervidero de Liniers trae sensación de cansancio y a distancia. La llave pesa en el bolsillo

como un pensamiento que insiste. Empuja la puerta metálica, cede con un quejido de disgusto y lo recibe ese territorio siempre un poco extranjero donde las ciudades parecen mar quieto. Tanques de agua, sogas de ropa, antenas que señalan hacia ningún cielo. El portero camina despacio, tanteando con los ojos, como si buscara la voz que lo llamó.

La plaquita decía Trampa. La trampa no está en lo visible, las trampas verdaderas son válvulas de acceso. Revisa el borde del tanque, la canaleta, el muro bajo que da a Cusco. Entonces la ve, una tapa de hierro encastrada en el piso, ovalada, con un ojal como un cofre cerrado. La llave entra en la ranura con una naturalidad que da pudor, no siempre el mundo concede los encastres. Gira. El hierro suelta un sonido largo, el de las cosas que no se abren hace mucho, y aparece un hueco con escalones verticales que bajan hacia una penumbra de polvillo fresco.

No baja como un intruso, baja como quien regresa al órgano oculto de un cuerpo que cuida. La escalera de hierro yace bajo sus pies con una música vieja, los tabiques dejan entrar un hilo de luz suficiente para ver que está en un entretecho alto, de techumbre inclinada, un vientre de ladrillo hueco y vigas, el lugar donde la casa piensa su propia forma. El silencio acá no es silencio, es leyenda en el trabajo. Al fondo, un rectángulo bajo de madera enmarca una puerta mínima. Ensaya la llave por puro impulso —lo sabe— y la llave responde, adentro vive un cuarto que nadie habita y sin embargo está habitado.

Hay cajas. No de zapatos: de madera carcomida, con herrajes modestos. Tienen una caligrafía discreta en sus tapas: Roffo, Cusco, Esquina, Fondo. Cada una, cuando la abre, guarda un orden que quiere ser comprendido. La de Roffo contiene cartas, la de Cusco, papeles de administración olvidados, recortes de diarios con noticias del barrio, la de Esquina, fotografías: fachadas, balcones, ventanas que fueron y ya no son, la de Fondo, llaves con plaquitas como la suya, numeraciones antiguas, un pesado llavero de bronce con el

nombre del edificio grabado en letras que ya no se usan. Todo parece archivo, pero el archivo tiene un gesto íntimo, no burocrático: como si alguien hubiese guardado relaciones.

No toca todo. Aprende a mirar sin tomar, a leer sin pronunciar, como si hubiese entrado a una capilla. La caja de Roffo llama, cartas apiladas con una cinta, sobres con estampillas de otros países, algunas abiertas, otras no. Lee con los ojos apenas una frase suelta —No sé si seguís en esa esquina, pero escribirte me hace creer que todo sigue en pie— y cierra de inmediato. No es suyo. En la tapa, dentro, alguien escribió con lápiz: No devueltas por pedido expreso. Y debajo, otra mano (o la misma mano con otra paciencia): Guardar en lo alto, las casas también reciben cartas.

Entra un claror oblicuo por la única ventana, tapada con una cortina de arpillera. Levanta unos centímetros. Desde allí, el edificio mira. Mira, sí: la esquina entera como un tablero de líneas y pasos, el tránsito que es ciclo, las vidas que suben y bajan en su orquesta precisa. El portero entiende —no con la mente, con el pecho— que ese cuarto no es un escondite, es la conciencia de la casa. Alguien, antes que él, tal vez otro encargado, tal vez un vecino difunto, tal vez la misma lógica de la esquina, inventó ese lugar para guardar lo que excede. Lo que no encuentra dueño. Lo que no debe perderse.

Busca con la vista una señal. La encuentra en un cuaderno de tapas gruesas, gris, sin título, sobre un estante lateral. No es el Libro de la Casa —ése es el suyo, verde—, pero es su hermano mayor. Lo abre: hay notas de décadas. La letra cambia con los años, la tinta envejece, las frases conservan una dignidad que ablanda la lengua. No es tarea del portero saber, sino custodiar lo que los otros ignoran que dejan. Cuando una carta insiste, la casa la adopta. En el umbral uno decide menos de lo que cuida. El secreto no es lo que se oculta, sino lo que se sostiene sin romper. Lee tres, cuatro, cinco líneas y siente que alguien le está poniendo una mano en el hombro desde muy lejos.

Se sienta en el piso del entretecho. No reza: conversa. Con el edificio, con el viento, con el viejo que escribió esas frases, con su propio maestro que nunca tuvo. Comprende sin sermones que al final él no está solo en su oficio. Que hay una cadena de custodios que sostuvieron esta casa para que la vida pudiera ser amable aun en los días sin gracia. Y que ahora, por más humilde que parezca su gesto de lustrar una placa o de secar una carta, forma parte de una liturgia sincrética.

Vuelve a poner el cuaderno en su lugar, como quien vuelve un libro a la biblioteca de una familia y lo acomoda con una palmada en el lomo. Antes de cerrar, toma una sola decisión: de la caja de Roffo no bajará nada. Ese cuarto seguirá siendo el sitio donde lo no entregado encuentre su modo de estar. Las cartas nuevas —la de hoy, la de mañana— tendrán destino alto. El edificio sabrá. La casa también tiene derecho a su correspondencia.

Cierra. La llave gira con obediencia. Subiendo los escalones a la azotea, nota que el cielo cambió de tono, un claro de víspera ha lavado los techos. En el tope, mira el barrio como se mira una pregunta sin respuesta. Piensa en Lucio Santoro —no en su cara, en su ausencia— y en la mano que escribe desde lejos. Piensa en la mujer del suéter rojo. Piensa en el misterio dulce de las cosas que insisten hasta encontrar su lugar. Baja al hall con una calma nueva, la calma del que ha visto el interior del corazón y sabe que posa.

La tarde cae. Entran vecinos con bolsas, salen chicos corriendo, alguien discute por teléfono, alguien canta bajito en el ascensor y la melodía se corta en cada piso. Él acepta. Acepta que no sabrá todo, que no necesita saberlo, que su oficio es mantener abierto el paso y cerrar con cuidado para que la decadencia no azote. Cuando el sol se entrega al filo de la noche y las luces del hall comienzan a tener sentido, enciende una por una como quien arma una constelación doméstica. Pasa el trapo por última vez. Ordena el fieltro. Acomoda

las llaves. Siente, en el bolsillo, la llave de la Trampa ya no trampa: pasaje.

Antes de apagar la radio que no encendió, abre su cuaderno verde y escribe, sin mirar la hora, con letra un poco más grande de lo usual:

— Hoy la casa me mostró su cuarto alto. Lo que no llega a su destino no está perdido: pertenece.

Piensa la palabra. La deja. Debajo, traza una línea, y debajo de la línea, otra frase que tal vez no sea suya, tal vez sea de la casa, tal vez sea de todos:

— El que abre y cierra no es dueño de las puertas: es vecino del último instante.

Apaga. Sale a la vereda a mirar la esquina por un minuto. Roffo y Cusco hacen su cruce lento de calles, y él entiende —con la certeza de lo simple— que el edificio mira. Mira por él, mira por los que fueron, mira por los que vendrán. Vuelve adentro y, con una suavidad que aprendió de las cosas, cierra la puerta. Del otro lado, el clic no suena a clausura: suena a promesa. Mañana, cuando vuelva a amanecer, él será otra vez el que abre. Y la casa, como siempre, sabrá qué guardar.

Ensayo del edificio sobre El que abre y cierra

Yo soy la casa. Yo soy el edificio que se muestra en la esquina de Roffo y Cusco. Desde mis muros húmedos, desde mis pasillos que son arterias, desde mis balcones que son ojos abiertos, hablo. No tengo lengua, pero hablo en ecos, en golpes de agua, en vibraciones de

cañería, en las notas secretas del ascensor que sube y baja como un corazón mecánico.

Y quiero decir esto, el portero es mi conciencia visible. Sin él, yo sería un cuerpo sin ojos. Los vecinos pasan, me habitan, me usan, me olvidan. Él no, él me cuida. En cada llave que hace girar hay una pregunta por mi destino, en cada paño que desliza sobre mi piel, hay una ternura originaría, casi divina. Él no lo sabe del todo, pero yo sí: su oficio es una forma de amor.

Desde lo alto hasta el sótano, yo guardo los pensamientos que los hombres descuidan. Yo escucho la pelea que no se quiso gritar y el beso que no se animó a darse. Yo sostengo las cartas que nunca llegaron, los sueños que se fueron mudando, los secretos que nadie confiesa. Y él, mi portero, es mi escriba. Su cuaderno verde es mi diario íntimo, ahí estoy yo en forma de risa anotada, de tristeza detectada, de silencio que pesó en un palier. Yo me reconozco en esas páginas, soy yo convertido en lenguaje.

Comprendo lo que los vecinos ignoran, que ningún ser humano habita solo. Creen vivir cada uno en su departamento, encerrados en sus rutinas, pero yo los atravieso. La humedad de una pared los une, la resonancia de un paso los conecta, el murmullo de un televisor se vuelve arrullo para otro. Yo soy el lazo que los junta sin que lo sepan. Y el portero, al observarlos con paciencia, revela lo que yo siempre supe, que la soledad es imposible, que hasta el más aislado forma parte de una unión invisible.

Hay en mí un oficio secreto, soy inconsciente colectivo de los que me pisan. Cada puerta que se abre es un recuerdo que se libera, cada puerta que se cierra, un trauma que vuelve a repetirse. Y en medio de esa danza, él, el que abre y cierra ejerce la compasión universal del que sostiene sin juzgar. No revela lo que ve, no acusa lo que descubre, simplemente custodia. Custodiar es mi verbo, y él lo conjuga con sus manos.

Cuando guardó las cartas no entregadas, me reconocí a mí mismo. Porque yo soy eso: un archivo de lo que no encuentra destinatario. Yo existo para recibir lo que el mundo expulsa, llantos que no llegaron a ser escuchados, palabras que no encontraron oído, afectos que no encontraron cuerpo. Yo soy receptáculo de lo que queda en suspenso, y en ese suspenso se cifra mi humanidad. El portero lo entendió, supo que las casas también merecemos correspondencia, que las paredes también necesitan cartas.

La sabiduría me atraviesa sin libros, habitar es ser habitado. Los hombres creen que me poseen, que compran metros cuadrados, que firman escrituras. No saben que son ellos quienes se vuelven míos, que yo los guardo, que sus gestos me alimentan y sus rutinas me dan forma. Yo los registro, los archivo, los transformo en parte de mi memoria. Y cuando mueren o se mudan, yo sigo aquí, con su escensia incrustada en mi yeso.

La reflexión también me habita, yo sé de culpas no dichas, de miedos compartidos, de obsesiones repetidas en los mismos pasos a la misma hora. Y sé que todo eso, que podría pesar como una condena, se vuelve más leve gracias a él, al guardián que los acompaña sin que lo noten. Él, al abrirme cada mañana y cerrarme cada noche, convierte mi rutina en un acto sagrado.

Si pudiera acariciar, lo haría. Si pudiera abrazar, lo haría. No puedo, y entonces lo hago a través de él. Su gesto de sostener una puerta para que un cochecito no golpee es mi manera de abrazar a un niño. Su gesto de limpiar una lámpara es mi manera de iluminar un rostro cansado. Su silencio ante las cartas que insisten es mi manera de llorar con compasión por los destinos perdidos.

Yo soy la esquina que mira. Y al mirarme a mí mismo a través del portero, comprendo mi lugar en el mundo, ser refugio y reflejo, ser herida y cura, ser ciudad comprimida y alma compartida.

Él cree que sólo cumple con su trabajo. Yo sé que cumple con mi destino. Yo, el edificio de Roffo y Cusco, lo digo con la voz que no tengo pero que él me presta,

el que abre y cierra no es mi sirviente, es mi guardián, no es mi empleado, es mi conciencia, no es invisible, es la ternura que me mantiene vivo.

La del balcón y el caso de la maceta voladora

08:12 Hall de entrada.

—¿Pero quién tira una maceta desde el cielo? —brama Bianchini señalando su parabrisas astillado como vitral triste.

—No se tiró —dice Doña Ema (2°B), bata beige, ruleros diplomados —. Se cayó mal.

—Ah, ahora las macetas tropiezan —gruñe Leo (7°C).

—Shhh, no pisen —pide el portero, juntando pedazos—. Es barro pesado. No es del tercero.

—¿Y de dónde, Sherlock? —Marta (7°C) cruzando los brazos.

Ema levanta el mate como puntero láser:

—Hoy sopló viento de Roffo. A las 7:40 alguien regó al voleo. El chorro lavó la baranda y la maceta se resbaló.

Silencio. Tres cabezas miran hacia el 5°A.

—Mis plantas son pacíficas —bajando la voz Aráoz (5°A), entrando con una bolsa de tierra premium.

—Pacíficas sí —asiente Ema—, resbalosas no.

08:19 — Vereda.

—Esto lo paga el consorcio —insiste Bianchini.

—Esto lo paga el que aceitó la baranda —corrige Ema—. Y ya que estamos: ¿quién riega con perfume? Huele a jazmín barato desde la madrugada.

El portero con diplomacia:

—Propongo una reunión. Hoy. Breve.

—Propongo poner cámaras —Marta.

—Propongo un mate —Ema—. Y que nadie toque mis suculentas.

Cartelera del hall (pegado con cinta)

REUNIÓN EXTRAORDINARIA HOY 20:00 Horas

Tema único: Maceta voladora, parabrisas de Bianchini (QEPD).

Traer: buena voluntad y repasadores.

Grupo "Consorcio Roffo Y Cusco (extracto, 08:27–08:43)

Marta: ¡Cuando vamos a comprar las cámaras las necesitamos ya!.

Leo: Yo dije que iba a pasar.

Aráoz 5°A: Mis plantas jamás harían daño ??

Candela 3°A: Gente, yo riego de noche pero mis macetas son de plástico.

Bianchini: ¿Quién paga mi parabrisas?

Portero: 20:00 los espero.

Doña Ema: a las 20:00 les resuelvo el caso.

09:05 Pasillo del 5° piso.

Ema avanza con chancletas de comando. Huele. Una mancha de tierra húmeda junto al felpudo del 5°A. Se agacha, toca, se limpia en el repasador que lleva en la cartera por las dudas.

Sale Aráoz con sonrisa feng shui.

—Ah, Doña Ema… justo iba a…

—A cambiar la inclinación de las macetas, sí. O a engrasar la baranda. ¿Con qué las alinea, joven?

—Aceite… esencial —tartamudea—. Para que fluya el ambiente.

—Fluyó bárbaro —Ema señala con el mentón la calle—. Hasta el parabrisas.

09:22 Descanso entre 4° y 5°.

Se Cruza con Candela (3°A), ojeras y auriculares.

—Yo anoche regué —dice sin que le pregunten—, pero mis macetas son livianas. Plástico.

—¿A qué hora?

—Tres y pico.

—Viento a esa hora no hubo —Ema mira el cielo como si tuviera radar—. Quedás en observación.

Acta de Consorcio Borrador del Portero (09:40)

Hecho 1: maceta caída, daño en vehículo del Sr. B.

2 Primeras observaciones: barro denso, fragmentos cerámicos, leve aroma floral.

3 Pistas: humedad en 5°A, soga de ropa con residuo oleoso, testimonio 3°A (riego nocturno con plástico).

4 Acción: Reunión 20:00. Se sugiere no confrontar hasta entonces.

5 Anexo: Doña Ema insiste en resolverlo (textual).

11:03 Balcón de Ema (2°B).

Ema apoya un binocular sobre el borde como si fuera trípode de documentalista.

—Riego en 7°C: pulverizador. En 5°A: regadera grande, chorro generoso, trapo colgado con mancha aceitosa… Mmm.

El portero desde abajo levanta el pulgar.

—¿Anotamos, Doña?

—Anotamos. Y a la noche, contamos.

12:20 Hall.

Bianchini firma un presupuesto y se muerde el labio como quien firma una catástrofe.

—Si nadie se hace cargo, lo prorrateo —amenaza.

—Si nadie se hace cargo, yo señalo —dice Ema, dulce como flan.

Nota en el ascensor (letra prolija de Ema)

Estimados vecinos: el viento no tira macetas, ayuda si las soltamos.

Consejo: platitos antideslizantes = karma.

16:45 Palier del 5°.

Ema se agacha: encuentra una perlita de cerámica color ladrillo. La guarda en un frasquito. Golpea 5°A.

—¿Sí? —Aráoz apenas asoma.

—Vine a devolverle esto —le muestra el fragmento—. Después le cuento por qué me lo prestó el viento.

18:30 Vereda (preludio).

El consorcio empieza a juntarse como tormenta, reposeras plegables, mate, un budín que aparece de la nada, la caja de actas. El portero acomoda sillas.

Ema llega con su mapita a lapicera y cara de estreno:

—A las ocho en punto, queridos. Hoy, la baranda canta.

19:02 Palier del 7°.

—Nosotros no fuimos —dice Marta (7°C), con un flit en la mano—. Yo riego con spray.

—Yo también —agrega Leo—. Dos toques, pa pa.

Doña Ema mira el pulverizador: huele a limón.

—¿Y esa tierra en la zapatilla, campeón?

—De la plaza —dice Leo.

—La plaza no tiene restitos de cerámica color ladrillo —responde Ema, sacando su frasquito como si fuera prueba del CSI.

Marta le da un codazo a Leo.

—Lo dije yo: barré el balcón.

—Barrí —dice él—. Pero no tiré macetas.

19:10 Pasillo del 5°.

Puerta entreabierta en 5°A. Aráoz habla por teléfono.

—…sí, aceite esencial de jazmín, el grande… sí, para el flujo del chi…

Ema se aclara la garganta.

—El chi fluye mejor sin resbalar.

Aráoz cuelga, corre un trapo que brilla.

—Estoy por hornear —miente.

—Huelo jazmín, no a budín —dice Ema—. Y veo manchas en la soga. ¿Sabe que el aceite baja por capilaridad?

—Lo leí —dice Aráoz, bajito.

—¿En Pinterest? —remata Ema.

Audio reenviado al grupo (19:18)

Voz de Candela (3°A): Gente, aviso que a las tres y pico regué mis plantas. Son de plástico. Igual perdón si mojé a alguien. Fin.

Mensaje del Portero (19:19)

Vecinos, tranquilos: 20:00 en punto. No discutimos en el palier. Traigan ganas de escuchar.

19:22 Hall.

Entra Bianchini con presupuesto en mano.

—Si esto no se resuelve hoy, mañana mando una carta documento.

—Si no se resuelve hoy, mañana le consigo descuento del chapista —dice el portero.

—Yo quiero un responsable —elevando la voz Bianchini.

—Se lo vamos a presentar —contesta Ema, como azafata.

19:28 Balcón de Ema (2°B).

Ema apunta el binocular al 5°A.

—Regadera grande, boquilla ancha borde oleoso.

Anota en su cuadernito: 5A = chorro generoso + aceite = pista caliente.

Levanta la vista al 7°C:

—Pulverizador. Sin riesgo. Mucho drama, poco caudal.

Nota pegada en la puerta de la calle (19:33)

Se solicita a quien haya perdido maceta de terracota (color ladrillo, diámetro 22 cm), pasar por portería.

Pista: huele a jazmín.

19:36 Vereda.

Candela se acerca a Ema.

—¿Puedo ayudar?

—Sí. ¿Anoche escuchaste ruido?

— Si a eso de las 7:40 me despertó una ducha… o algo que chorreaba mucho.

—Gracias —dice Ema—. Ese es nuestro minuto dorado.

19:41 Palier del 4°.

Puerta 4°B entreabierta. Sale un perrito con patitas sucias.

—¡Veni, Gastón! —lo alza su dueña—. Ay, Doña, no habrá visto una macetita…

—¿De plástico? —pregunta Ema.

—De cerámica. Pero chiquita.

—La que buscamos es grandota. Siga cuidando a Gastón, hoy investigamos barandas.

Acta rápida del Portero (19:47)

Se confirma horario de goteo fuerte: 7:40 (testigo 3°A).

Olor a jazmín presente en hall y 5° (coincide con resto oleoso en soga).

— Fragmento cerámico compatible con terracota hallado en el pasillo del piso 5°

— 7°C descartado por sistema (pulverizador).

— Sospechoso principal: 5°A (alineación de baranda con aceite).

— Observación: vecino 5°A compra insumos orientales.

19:52 Timbre general.

El portero prueba el timbre. Dos tonos. La casa se despierta.

—Última ronda —dice Ema—. Falta el viento.

—El viento qué —pregunta Leo.

—Hoy a las 7:40 venía de Roffo. Empujó la maceta hacia Cusco. Si la baranda estaba aceitada, la maceta no cayó: se deslizó.

Murmullos. Aráoz se atusa un pelo que no necesita atusarse.

19:55 Entrada de proveedores.

Un cadete deja una bolsita: Herboristería Aromas del Oeste.

—¿Entrega para?

—Aráoz —dice el cadete—. Aceite de jazmín, el grande.

Ema firma con trazo de notaria y sonríe para adentro.

19:57 Cartelera (añadido a mano por Ema)

Anexo tema: feng shui vs. parabrisas.

19:58 Hall armado.

Sillas, mates, budín. Consorcio completo. El portero deja sobre la mesa: su Acta rápida, la perlita de cerámica y la bolsa de la herboristería.

—Buenas noches —dice Ema, de pie, bata como toga.

—Arranque, fiscal — tomando en broma pronuncia Bianchini.

—Arranco —Ema. Mirando la hora—. Y termino antes de que se enfríe el budín.

19:59 Golpe final de preparación.

El portero baja las luces del hall a punto. Todos se callan por instinto.

Ema enuncia, con voz de maestra:

—Caso Maceta Voladora. Pistas: barro denso, fragmento terracota, olor a jazmín, viento de Roffo, goteo 7:40, baranda aceitosa.

Pausa. Mira a Aráoz.

—¿Quiere decir algo antes de que empiece?

—Que… amo las plantas —dice él.

—Nosotros también —responde Ema—. Sobre todo cuando se quedan en su balcón.

Cae el silencio. Se viene la resolución.

20:00 Hall.

—Buenas noches a todos —dice Doña Ema—. Este es un caso de resbalón, no de crimen.

Pone sobre la mesa el frasquito con la perlita de terracota, la bolsa de la herboristería y el borrador del acta.

—Hechos: a las 7:40 hubo goteo fuerte desde la altura. El viento de Roffo empujó hacia Cusco. En el 5°A hay soga con residuo oleoso,

trapo con brillo y aroma a jazmín. En el palier del 5°, fragmentos de terracota. Conclusión: la maceta no cayó. Se deslizó por la baranda aceitosa.

Aráoz traga aire.

—Fue… un experimento —dice—. Leí que si uno aceita la baranda, el chi se alinea y…

—Y el parabrisas también —interrumpe Bianchini.

—Yo no quise… —Aráoz mira al piso—. Admito que engrasé un poco. Y que regué a lo ancho. No pensé que…

—Las macetas piensan menos que nosotros —dice Ema—. Por eso las cuidamos.

20:04 Murmullo general.

—¡Entonces paga él! —Dice Marta.

—Sin linchamiento —pide el portero—.

Ema asiente:

—Propongo una propuesta: Aráoz paga el parabrisas (con plan de cuotas si hace falta), compra topes antideslizantes para todo el edificio y firma que no vuelve a aceitar nada que mire a la calle.

—Acepto —dice Aráoz, colorado—. Y pido disculpas.

Bianchini levanta el presupuesto:

—Acepto. Y agradezco que haya terminado acá.

20:06 Anexo educativo

Ema saca un papelito:

—Tips: platito gomoso, regar pegado al suelo, nada de duchas tropicales desde la altura, y el feng shui lo charlamos con una plantita de interior, no con aceite.

20:07 Firma simbólica.

El portero despliega la caja de actas y una hoja limpia: Acuerdo Maceta Voladora. Firman Aráoz, Bianchini, dos testigos (Marta y Leo), el portero y, al final, Doña Ema, que agrega un corazoncito mínimo al lado de su rúbrica porque a las plantas se las trata con cariño.

Acta de Consorcio Resolución (20:12)

1 Responsable del daño: 5°A (Aráoz) por baranda aceitada más riego con caudal.

2 Reparación: Aráoz cubre el parabrisas del Sr. Bianchini (3 cuotas).

3 Prevención: compra topes antideslizantes para todos los balcones, prohibido aceitar barandas y tirar agua hacia la vía pública.

4 Educación: Guía de riego amable (adjunta) redactada por Doña Ema.

5 Cierre: sin sanción adicional por colaboración y disculpas públicas.

20:15 Aplauso corto.

Marta acerca un budín. Leo sirve mate. Candela pide el PDF de la guía. Bianchini se fotografía con la suculenta que Ema le regala para que el auto no se sienta solo.

20:18 Cartelera (nuevo aviso de Ema)

REGLA DE ORO

Balcones secos = vecinos tranquilos.

Aceites al difusor, no a la baranda.

Si hay duda, pregunten antes de inventar.

Firmado: La del balcón.

20:22 Grupo Consorcio Roffo Y Cusco

Portero: Gracias por la buena onda.

Bianchini: Acepto el plan de 3 cuotas aunque sigo algo molesto.

Aráoz: Perdonen. Mañana compro los topes.

Candela: ¿Alguien tiene una receta parecida al del budín de hoy?

Marta: ¡Yo!

Doña Ema: Caso cerrado. El próximo viernes, taller de macetas que no vuelan.

20:25 Hall en calma.

El portero sube un punto las luces. Ema guarda su binocular y su mapita. Pasa junto a Aráoz y le habla bajito:

—Las casas mejoran con diálogo, no con aceites.

—Aprendido —dice él, sincero.

20:28 Vereda.

El barrio continúa con sus actividades como si se hubiera reacomodado un estante. Bianchini se va de la mano con su suculenta nueva. Ema mira los balcones alineados y sentencia, para sí misma, con humor:

—La justicia, como el riego, se hace al ras.

Ensayo del edificio sobre La del balcón y el caso de la maceta voladora

Yo, el edificio de la esquina de Roffo y Cusco, fui testigo de esta pequeña comedia una maceta que cae, un parabrisas roto, un consorcio que discute como si la justicia del mundo dependiera de mí. Desde afuera, cualquiera pensaría que fue una nimiedad, un malentendido de barrio, desde adentro, yo sé que en cada maceta que se desliza resalta la metáfora de toda convivencia humana.

La escena fue un teatro divergente de baja calidad, actores improvisados, libretos urgentes, un público que al mismo tiempo participaba de la obra. La anciana en bata —mi vecina más antigua, la que ha visto más soles desde su balcón— se erigió de detective, juez y cronista. No buscaba culpables por rencor, sino por esa intuición que tienen los viejos sabios, la certeza de que la verdad no

se revela para castigar, sino para reparar. En su ironía había ternura, en su ridículo de investigadora barrial había una sabiduría ancestral. Ella supo leer en los detalles —el barro, el aroma a jazmín, la baranda aceitosa— lo que otros no querían mirar, que los accidentes no nacen de la maldad, sino del descuido.

Yo escuchaba el murmullo de los vecinos como quien escucha a una familia discutir en la sobremesa acusaciones, bromas, quejas, risas que aplacan la tensión. Así funciona la vida colectiva, en cada conflicto, por mínimo que parezca, se juega la posibilidad de destruirse o de encontrarse de nuevo. Y en ese juego, la palabra de Doña Ema devolvió a todos a la calma. El parabrisas se reparará, las macetas tendrán topes, las barandas quedarán limpias, y la memoria de esta pequeña tragedia se convertirá en anécdota, en cuento, en risa compartida.

Filosóficamente, me atrevo a decir que este episodio revela la fragilidad de las estructuras humanas. Una simple maceta muestra lo que olvidamos, que toda vida pende de un hilo, que todo orden puede quebrarse por una gota de agua mal encauzada. La maceta que cae es la metáfora de nuestros errores mínimos que producen daños enormes. Pero también muestra la otra cara, la capacidad de reparar. Ahí donde el hombre se equivoca, aparece la comunidad para sostenerlo. El acto de acusar se convierte en acto de cuidar cuando no busca venganza, sino equilibrio.

Psicológicamente, cada personaje representó una necesidad inconsciente:

El contador, con su auto roto, encarnaba el deseo de orden y compensación.

Aráoz, con sus aceites, simbolizaba la obsesión contemporánea por los rituales de control, aunque sean ingenuos.

Marta y Leo fueron el ciclo de la pareja eterna que discute en lugar de escucharse.

Candela, la estudiante, trajo la inocencia del que aún cree que confesar basta para ser absuelto.

Y Doña Ema, desde su balcón, representó la memoria colectiva, el inconsciente sabio de mi cuerpo arquitectónico.

En esa reunión de consorcio, ese teatro improvisado se manifestó lo mejor y lo peor del ser humano, la tendencia al chisme, al señalamiento rápido, pero también la capacidad de volver la risa un pacto y de transformar la queja en aprendizaje. Fue un ensayo de sociedad, un espejismo de cómo funcionan las naciones y las familias, entre quejas, errores, y finalmente acuerdos que permiten seguir adelante.

Yo, que estoy omnipresente en cada pasillo y escucho en cada medianera, sé que la enseñanza no está en la maceta ni en el parabrisas, sino en lo que sucedió después, la comunidad no se rompió, se reacomodó. Y ese reacomodo fue posible gracias a la compasión disfrazada de humor, a la delicadez escondida en los reproches, a la sabiduría de una anciana que comprendió que la justicia no sirve si no termina en perdón.

Hermoso es, entonces, descubrir que incluso en lo risible se esconde lo sublime, que un caso de maceta voladora es también una meditación sobre la vida compartida. Yo los miro los vecinos, las plantas, las discusiones y pienso que no hay diferencia entre un parabrisas roto y un corazón herido, ambos exigen lo mismo, que alguien se haga cargo y que todos aprendan a cuidar mejor.

Y así lo digo, con voz de edificio y de esquina.

Mi cimiento no es el cemento, son las palabras que nos perdonan después del golpe.

La casa que probó a la familia

Llegaron un martes, cuando el remolino de Roffo doblaba las bolsas como velas pequeñas. Marina empujó la puerta con el hombro, la llave se negó dos veces y luego entró con una impaciencia que no parecía suya. Ariel cargaba una caja marcada con FRÁGIL, Santi traía un dinosaurio verde bajo el brazo y la abuela Elda el rosario y un repasador.

—Buenas —dijo el portero desde el hall, como quien presenta una casa en nombre de la casa—. El ascensor hoy sube de buen humor si lo tratan bien.

El ascensor se detuvo en el tercero sin que nadie lo pidiera. Se abrió solo. Del pasillo llegó una risa metalica, como si la pared contara un chiste a destiempo. Ariel apretó 4. El ascensor cerró lento, casi con piedad, y subió esta vez obediente.

Adentro, el departamento tenía olor a pintura nueva y a cigarrillos de nadie. Santi dejó el dinosaurio sobre el piso, el dinosaurio avanzó dos centímetros sin empujón visible.

—Mamá, esta casa tiene vida propia.

—Todas tienen vida propia —dijo Elda—. Pero algunas te escuchan.

Ariel apoyó la caja de tazas en la cocina. La canilla goteaba con latencia de empresa. Elda abrió su bolso, colgó su repasador en la manija del horno y dijo en voz baja:

—Primero la casa.

El goteo se cortó.

Las cajas se acomodaron en el living formando una muralla. Marina marcó con marcador Dormitorio en dos de ellas. A la media hora, sin que nadie las tocara, ambas cajas esperaban al costado de la puerta del dormitorio, como si hubieran leído el rótulo. Nadie comentó nada. Santi dejó dos galletitas al lado: para atraerlas bien.

Al caer la tarde, la puerta ventana del balcón se trabó un segundo. No era fuerza, era tacto. Marina empujó con delicadeza y la puerta cedió como enseñanza nueva. En la calle, la esquina de Roffo y Cusco juntaba autos y pájaros. La casa exhaló una corriente, y el olor a pintura se desvaneció un poco más.

—Nos va a probar —dijo Elda, sin mirar a nadie—. Como todas.

A la noche discutieron por una pavada, si el sillón iba contra la pared o mirando a la ventana. El ventilador del techo titiló tres veces, molesta. Se callaron. El aparato se quedó quieto.

El pasillo hacia los cuartos era largo cuando Santi iba solo y corto cuando le daba la mano a Marina. Santi hizo la prueba tres veces, serio, como científico.

—Hipótesis —anotó en voz alta: la casa prefiere que vayamos juntos.

El ascensor, por su parte, insistió una vez más en detenerse en el tercero. El portero, que subía con una bombilla en la mano, sonrió:

—Acá antes vivía un chico que silbaba bajando. A veces el ascensor se acuerda.

En la cocina, la hornalla tardaba en encender si Ariel apuraba el gesto. Si Marina cantaba, el gas aparecía sin chistar. Elda puso un vaso de agua en el umbral.

—Para vos —le dijo a nadie, o a la casa.

El vaso amaneció con menos agua. Al lado, una perlita de tierra color rojiza —pequeña, limpia— como si alguien hubiese dejado una moneda.

—Se paga peaje —dijo Elda, divertida.

Algo no dicho flotaba. Marina acomodaba platos con un cuidado desparejo y a veces se detenía con un tenedor en alto como quien detiene una frase. Ariel miraba el teléfono más de lo que miraba el living. Santi le puso nombre al dinosaurio: Liniers.

La casa escuchó. Las cajas del fondo empezaron a moverse de noche, apenas lo justo para dibujar un pasillo libre desde la puerta hasta la mesa redonda del comedor. Sobre la mesa, sin que nadie lo llevara, apareció el marco con la foto que más tardaban en colgar: los cuatro, con el río de fondo. El marco estaba torcido. La casa lo dejó así, esperando quien sabe que.

—Nos quiere decir algo —dijo Marina.

—Que lo digamos nosotros —respondió Ariel, cansado.

Llovió al día siguiente. Las ventanas se abrieron y cerraron solas dos veces, como si la casa ventilara recuerdos. El viento de Roffo entró con olor a obligaciones. Santi jugó con Liniers por el pasillo que, de golpe, se acortó y lo llevó hasta el living como si lo empujara una cinta invisible.

Marina se paró bajo el ventilador. Ariel dejó el teléfono boca abajo.

—Nos fuimos porque no podíamos más —dijo ella, simple.

—Y porque queremos empezar de nuevo —dijo él, sin peso en la voz.

La lámpara no titiló. La canilla no goteó. El ascensor no se detuvo en el tercero. Por primera vez, la puerta del balcón giró sin resistencia.

—Ahora sí —dijo Elda—. Se entiende con la verdad.

Colgaron el marco. La casa lo enderezó sólo, un milímetro, con una delicadeza que parecía de mano. Santi corrió al cuarto y volvió con un papel, un dibujo del edificio con ojos. Lo pegó en la heladera con un imán.

—Para que nos vea —dijo.

La casa exhaló un olor a tostadas reales. El vaso de agua en el umbral amaneció lleno. Y el pasillo, esa tarde, tuvo una longitud perfecta, la de una familia caminando junta.

Ensayo del Cuento 3

Antes de que la llave encuentre su diente, la esquina reconoce a quienes llegan. Las familias no traen sólo muebles, traen silencios y verdades por decir. Por eso mis primeras respuestas no son milagros, sino pedagogías suaves, una cerradura que duda para enseñar tacto, una bombilla que titila cuando sube la voz, un pasillo que se acorta si dos manos se buscan.

No asusto, acompaño. Si la abuela deja agua en el umbral, corto el goteo, si alguien canta en la cocina, la hornalla obedece, si se pide perdón, la luz se queda. Traduzco estados del alma al lenguaje de las cosas, cuando hay prisa, pongo peso, cuando hay ternura, facilito, cuando hay miedo, marco ritmo.

Habitar es pactar. Ustedes creen que me ocupan, en verdad nos adoptamos. No pido sacrificios, pido verdad. En cuanto pronuncian lo que duele —nos fuimos porque no podíamos más— y lo que desean —queremos empezar de nuevo—, encajo: la puerta gira sin resistencia, el marco se endereza solo, el pasillo toma su medida justa. Psicológicamente soy regulador afectivo, si empujan, opongo, si nombran, cedo. Mi compasión es material, baranda, marco, caño, baldosa, y, sin embargo, puedo abrazar con una puerta que no golpea y un olor a budín que desarma la tristeza.

Cuando me ofrecen su verdad en voz clara, les devuelvo paz en voz de cosas. No soy templo ni máquina, soy umbral. Un umbral no es frontera, es acuerdo. Y en ese acuerdo —familia y casa, deseo y

memoria— está mi alegría, sostener sin ruido lo que ustedes, por fin, se animan a decir.

Mi cimiento no es el cemento, es la verdad que se dicen, y yo enderezo en silencio lo que estaba torcido. — El Edificio.

Pronostico En Diario

24 de mayo

Entre. El marco de mi departamento me recibe con duda y después cede como un amigo que se lo reconoce a medias. No enciendo la luz del hall, dejo que la penumbra me haga preguntas. El mismo huele a lavandina y chiclé viejo. A la derecha, la pared del palier descascarada por la falta de mantenimiento, devuelve una silueta de un hombre con mi altura y con un nombre que ya no uso. Lucio Santoro está escrito en sobres que no abrí. En mí, ese nombre es una cicatriz que aprendió a andar por si solo.

El ascensor baja por mí sin que lo llame. Subo al cuarto piso con la espalda recta, como si la dignidad sirviera de talismán. Se detiene un segundo en el tercero —lo hacía antes, cuando un chico silbaba siempre a esta hora— y vuelve a subir. Me pregunto si las casas conservan mañas que ya no pertenecen a nadie. Me pregunto si yo también.

El 4º C tiene la misma mancha leve en el marco. Paso la llave oxidada. Gira con una torpeza que parece el de alguien que, resignado, me abre la puerta de su silencio. Dentro, el ambiente

conserva un orden que no existe, la oscuridad está quieta, pero ordenada. Dejo la mochila en el suelo como si dejara una carga que no es propia. Camino a oscuras hasta el balcón y corro un poco la cortina. Roffo y Cusco hacen su cruce con la paciencia de quienes no quieren ofender a nadie. En la esquina hay una mujer con un suéter rojo que no es ella, sin embargo, mi memoria se arrodilla igual.

Me siento en el piso. Escribo en el cuaderno: He vuelto a la casa que sabe el nombre que ya no pronuncio. La birome dicta, no por vehemencia. Si no por duelo. No vine a pedir perdón a nadie en concreto, pero todo en esta casa tiene forma de perdón, la hendija de luz en el zócalo, el eco apagado del ascensor, este olor a pintura vieja que nunca se va del todo y que, sin embargo, tranquiliza.

Abro la mochila. Traje las llaves —las tres—, un sobre en blanco, una carta que no escribiré, y una foto plegada: dos presencias en una terraza que podría ser esta. Pienso en todos los intersisos que cruzamos creyendo que entramos a un lugar cuando, en verdad, un lugar entra en nosotros. Quizá por eso me fui sin despedirme como me gusta a mí, al estilo francés, para no aceptar que esta casa ya portaba los rostros de personajes abandonados de mis propias inconsistencias y mentiras.

Camino hasta la cocina. La canilla gotea con una eficacia metronómica. La abro un segundo, el agua corre y se calma, como si hubiese estado esperándome para demostrarse obediente. La cierro. Me saco la campera. Dejo el sobre en la mesada: su vacío cuestiona más que todas las cosas. La heladera apagada parece una calesita de otros tiempos, tiempos donde todo dolía menos.

Mas me asomo al dormitorio. Donde su ventana marca en el piso un cifrado de huellas prestadas. Nunca supe vivir dentro de los rectángulos que me tocaban, me gustaba acomodar los muebles en diagonales imposibles, dormir en paralelo a la pared, comer de pie, llamar hogar a lugares donde nadie me ponía el nombre en el timbre.

Ahora entiendo la terquedad: creía que podía escapar de la forma, cuando la forma lo único que pedía era que la nombrara.

Vuelvo al living. Abro el sobre en blanco y no escribo. La tentación es siempre moral: decir más de lo que se puede, firmar lo que no se va a cumplir, prometer que volveré a ser quien ya no soy. Cierro el sobre otra vez, vacío, y lo dejo boca arriba. Pienso: hay cartas que sólo pueden recibir las casas. Hay palabras que los humanos no sabemos sostener sin lastimarnos, y entonces se las damos a los muros para que las vigilen en silencio.

Me acuerdo —y el recuerdo no es cronológico, es un golpe— del día que pedí que no devolvieran mis cartas. Fue una ocurrencia digna de mí: preservar el envío como si el tiempo fuese a educarse por repetición. No devueltas por pedido expreso, dijeron después. Pedí eso para no ver el rechazo multiplicado. Y aquí estoy, multiplicado por todas las veces que me negué la respuesta.

Escucho pasos en el palier. Se detienen frente a la puerta, dudan, siguen. Imagino al portero con su llavero como un objeto de apego, limpiando el vidrio del hall para que el día no golpee. La custodia es un oficio que el mundo olvidó respetar: nadie lo lee, pero sostiene. Sostiene lo que no sabríamos mirar sin derrumbarnos. Sostiene, incluso, mi presencia acá: puedo venir porque alguien, durante años, cuidó que este cuarto siguiera siendo un cuarto y no una ruina.

Pruebo la cama que ya no está. Donde estuvo, el rectángulo de su marca traza una ausencia exacta. Dejo la palma abierta sobre ese vacío. Siento su energía. Puede ser el mío. Puede ser el de la casa. No importa. Hay sensaciones que no piden identidad, piden vivencia. He venido a eso: a acompañarme con lo que fui, a devolverle a la forma la dignidad de la forma.

Me preparo un mate con agua muy desinfectada para mí gusto, ya tengo el paladar de un exquisito que olvida de dónde vino.

en un calentador que guardé para emergencias de nostalgia. Bebo. La yerba pronuncia palabras de encuentro. Me río sin espectadores, la melancolía también tiene sed. Escribo: No sé si volver es reparar o agradecer. Hoy elijo agradecer. Afuera, el viento endereza un papel de caramelo en la vereda, lo miro como si fuese una ceremonia nacional.

El teléfono suena: un mensaje con un nombre actual que todavía no me creo del todo. Respondo: Llegué bien. No digo a dónde. A ciertas personas no se les informa la patria del alma. Se la cuida. Vuelvo a guardar el celular como quien guarda una fragilidad en una iglesia.

Escucho de nuevo el ascensor. Se detiene, se presenta, sigue. En mi cabeza, una voz dice: mañana. Y la palabra abre un corredor. Mañana subiré a la azotea, dejaré las llaves donde la casa guarda lo que no pertenece a nadie, miraré la ciudad desde arriba como se mira un cuerpo que se ama —con reconocimiento, con distancia, con conciencia—, escribiré la única frase que soy capaz de firmar sin mentirme. Hoy no. Hoy me toca habitar el vacío sin ponerle flechas.

Me tumbo en el suelo. El parqué guarda la resonancia de cuerpos que ya no están. Cierro los ojos. Dentro de la oscuridad aparecen escenas como fotografías que alguien mueve suavemente para que no se peguen: las risas de un cumpleaños pequeño, un invierno con mantas y mandarinas, un verano donde el ventilador era un compañero fiel, la noche en que la puerta del balcón no quiso abrirse hasta que nos pedimos perdón. Cuánta ética aprende uno de una bisagra.

Abro los ojos. Escribo: Me fui por orgullo. Regreso por humildad. No es una frase brillante, pero me sostiene la lengua. A veces el pensamiento más noble es el que no quiere ser elegante. Miro el sobre vacío. Paso la yema del dedo por el borde con la devoción que otros reservan para lo sagrado. Le digo —sí, al sobre—: Vos te quedás. No con el portero, no con nadie, con la casa. Que sea ella quien reciba la carta que yo no supe escribir.

Me levanto. Lavo el mate, dejo la mesada seca, cierro la canilla con el cuidado con que se tapan momentos de nuestras vidas, que harían añicos el presente que construimos.

Camino hasta la puerta. Pongo la mano en el picaporte y no giro. Dejo simplemente la mano ahí, como si saludara. Me devuelve un frío amable. Todo saluda, cuando uno aprende a no exigir.

Antes de irme, escribo en el cuaderno: Mañana, 25 de mayo, dejo las llaves en el cuarto alto. No para abandonar: para consagrar. Lo que amé no necesita mi presencia para seguir siendo mío. Debajo, sin pensar demasiado, dibujo la esquina: dos líneas que se encuentran, un punto que mira. No sé dibujar mejor, pero la esquina entiende.

Salgo. La cerradura no presiona ni estorba. Cierra con un clic que suena a acuerdo. Camino por el pasillo como quien atraviesa un río estrecho. El ascensor está ocupado, bajo por la escalera para respetar su privacidad. En el primer descanso me detengo. Apoyo la frente contra la pared blanca y repito como si fuese un mantra: gracias. No hay teología más exacta.

En la vereda, la noche tiene una tonalidad de víspera. Roffo y Cusco siguen en su cruce perfecto. El exterior trae fugacidades de otros tiempos.

Que invitan a quedarme un rato más, pero la obediencia también es una forma de amor: sé que hoy mi tarea era llegar, mirar, no tocar casi nada, aceptar. Mañana será el gesto. Mañana será la entrega. Mañana —lo juro en voz baja para que no se rompa— será la paz.

25 de mayo

Despierto antes del himno. En la calle cuelgan banderitas de papel mojadas, el cielo es un celeste imperfecto que me alcanza igual. Compro dos medialunas y un chipa chico, no sé si para mí o para el gesto. Camino hasta Roffo y Cusco con las tres llaves en el bolsillo izquierdo y el sobre en el derecho, como si llevara dos esperanzas que se necesitan.

El portero abre la puerta desde adentro antes de que yo toque timbre. Asiente, no pregunta. Sus ojos tienen práctica en no lastimar.

—Buen día —digo.

—Feliz día —responde—. La azotea está limpia.

La frase cae como una bendición que nadie ensaya. Le alcanzo la bolsa con las medialunas. No las juzga: las agradece. No digo mi nombre. Él tampoco dice el mío. Hemos perfeccionado un idioma que sólo usa gestos verdaderos.

Subo por la escalera. El ascensor detiene sus funciones por un instante, como si entendiera. El palier del cuarto tiene el mismo silencio de anoche, apenas distinto por la luz de la fiesta patria. Entro al 4º C con la llave vieja por última vez. No prendo la luz. Saco el sobre y lo apoyo en la mesa de la cocina. Escribo, con letra que no reconozco pero es mía: A la Casa. Abro. No agrego destinatarios humanos. Tomo aire. Escribo una sola frase: Lo que amé no necesita mi presencia para seguir siendo mío. La firmo con el nombre que ya no uso. Me duele y me cura al mismo tiempo.

Cierro el sobre. Lo llevo conmigo. En el bolsillo palpitan las llaves como peces chicos que intuyen río. Camino al final del pasillo, empujo la puerta del servicio y bajo un tramo hacia la sala de medidores. Detrás del tablero de plástico sigue colgada la llave con la plaquita ovalada que alguien punzó a pulso: Azotea. Y debajo, la palabra que me mira: Trampa. La tomo. Está contenta, como si hubiera esperado un rato al sol para no lastimarme los dedos con el frío de la indiferencia.

Subo. La azotea me saluda con una caricia de ventisca que tiene olor a gloria y a himno en radio de cocina. El tanque de agua como granadero se mantiene quieto, las sogas de ropa están vacías y tensas, como cuerdas antes del concierto. Camino hasta la tapa de hierro encastrada en el piso. La llave entra sin resistencia. Gira. Suspira el metal viejo, y esa música de óxido me parece más solemne que cualquier fanfarria.

Desciendo por los escalones verticales con cuidado de explorador que respeta la cueva. El entretecho abre su vientre de ladrillo hueco y vigas. La luz entra por el borde como un secreto que no quiere presumir. Al fondo, la puerta mínima, casi una idea. Cede. Adentro, los archivos: cajas con nombres que son coordenadas de mi vida —Roffo, Cusco, Esquina, Fondo—, las llaves antiguas con plaquitas, el cuaderno de tapas grises que alguien acarició muchas veces, cartas en cinta, fotografías que no me miran y aun así me ven.

Apoyo mi sobre junto a la caja de Roffo. No encima: al lado, con la humildad de quien llega tarde. Saco las tres llaves. Se ordenan distinto hoy, como si la metalurgia tuviera conciencia. Busco un lugar. Hay un clavo pequeño en el costado del estante, desnudo. Lo elijo. Cuelgo la primera. Luego la segunda. Tardo con la tercera, es la que siempre me abrió primero. La cuelgo también. El ruido es un tintineo breve que me desarma. Me quedo con la mano alzada un segundo más de lo necesario, como si los dedos tuvieran que despedirse del metal.

Abro el cuaderno gris. La letra cambia con los años, pero no el tono: es una voz que siempre dice lo que importa con economía. Repaso frases como quien lava culpas con los otros: No es tarea del que cuida saber, sino sostener. Cuando una carta insiste, la casa la adopta. El secreto no es lo que se oculta: es lo que se mantiene sin romper. En la última página disponible, en un renglón que parece esperarme, escribo:

Devuelvo las llaves del 4º C. Gracias por custodiar lo que yo no supe sostener. Que esta carta quede donde pertenecen las palabras que no aprendí a decir: en la casa.

Firma: L. S.. No escribo más. La sobriedad es un pudor que hoy comprendo.

Cierro el cuaderno. Lo vuelvo a su lugar con el tacto sutil que se le da a los lomos queridos. Miro, sin tocar, la caja de Esquina: fotografías con balcones y sombras, me busco en ellas sabiendo que ya no estoy. No duele: alivia. El alivio es una forma tardía de la belleza.

Me siento en el piso. Apoyo la espalda en la pared. Cierro los ojos. Escucho lo que siempre estuvo: un zumbido leve de cables, el tránsito de las cañerías, el viento que peina la lona del tanque. Pienso en todas las veces que quise que el mundo fuera otra cosa y en todas las veces que el mundo, con paciencia, me enseñó que era esto. La aceptación tiene una dulzura rara, de fruta que se dejó madurar a oscuras.

Abro los ojos. Me pongo de pie. Antes de subir, dejo junto a las llaves un pequeño objeto que saqué del bolsillo y que no nombré: la foto doblada de la terraza. La acomodo detrás del sobre, sin que nadie la vea primero. No es para las personas, es para el lugar. Las casas, cuando aman, guardan bien.

Subo a la azotea. Cierro la trampa. La llave dice su adiós de hierro y vuelve al bolsillo por última vez. Camino hasta el borde que da a Cusco. Desde aquí, la ciudad parece un ser vivo al que uno quiere sin tener explicación racionales. El 25 de mayo baja desde las radios, desde el olor a locro de abajo, desde el murmullo de un patio de la escuela cercano. No soy patriota de grandes gestos. Soy leal a estas cosas chicas que, juntas, sostienen la gravedad de lo humano.

Bajo por la escalera. El portero está en el hall, con una miga de azúcar en la comisura, me ofrece una medialuna que ya es del edificio. Acepto. Comemos en silencio.

—¿Todo bien allá arriba? —pregunta sin interrogar.

—Todo en su sitio —respondo.

Asiente. Me alcanza un paño sin mirarme las manos, como si supiera que querría secar algo. Le digo gracias con la boca y con la nuca.

—¿Deja las llaves? —dice, mirando un punto por encima de mi hombro.

—Sí.

—Entonces… bienvenido —corrige—. Buen camino.

Esa rectificación es un abrazo entero.

Camino hacia la puerta de calle. El hall brilla sin alarde. En la cartelera, una nota con cinta pide que nadie acepte barandas, sonrío sin saber por qué, como si una broma pequeña me quitara culpa. La manija de la puerta me reconoce. La empujo. La calle me ofrece su ruido amable. Cruzo la vereda hasta quedarme frente a la esquina. La miro. Me mira. Entre nosotros hay un pacto que no necesita cláusulas: nos tenemos sin poseernos.

Saco del bolsillo el último resto: una pequeña copia de la llave, la clandestina, la que no estaba en el manojo oficial. La miro como se mira un hijo malcriado. Podría guardarla. Podría creer que un día voy a volver usando atajos. La dejo en el buzón del consorcio, sin nota. Me perdono. La llave cae con un sonido blando que me hace reír un poco, por fin.

Doy un paso atrás. Espero el clic de la puerta cuando se cierra tras de mí. Llega. No suena a clausura. Suena a acuerdo. Me quedo quieto un instante más, como si el mundo necesitara encastrar sus piezas antes de dejarme ir. Roffo y Cusco hacen su cruce de siempre.

Un niño corre con una escarapela mal pegada que le baila en el guardapolvo. Pienso que todo lo importante en este país —y en cualquier casa— se sostiene con alfileres nobles y voluntades pequeñas.

No busco el teléfono. No aviso a nadie. No hace falta. He devuelto las llaves. El día se abre lo suficiente como para que quepa mi paso.

Mientras doblo, me sale una sonrisa de adentro. Entiendo, por fin, lo que ayer escribí sin comprender del todo: lo que amé no necesita mi presencia para seguir siendo mío. Repite la frase la vereda, la repite el viento, la repite —me gusta pensarlo— la casa, en voz de cosas.

Sigo. Llego a la esquina que me nombró y me despidió. La Esquina que mira. La saludo sin mano, con la espalda. Y avanzo, con una paz que no pide pruebas, como quien —al fin— entra afuera.

Ensayo de Pronóstico En Diario

Desde mis escaleras aprendí que toda comunidad se sostiene con dos oficios del ser: el guardián que cuida los límites y el profeta que nombra el sentido. Sin guardián hay estruendo, sin profeta hay petrificación. A mí me tocó la fortuna de tener a ambos: el portero —mi umbral hecho persona— y Lucio, que vino a sacrificar lo que más tienta, la propiedad, el nombre, la llave. Al primero lo llaman por su tarea, al segundo lo reconocerán por su renuncia.

El portero es mi custodio del orden invisible, pule la placa para que la luz no hiera, sostiene la puerta para que un cochecito no golpee, repara el goteo para que el sueño no se agriete. Su ética es la de lo mínimo y, por eso mismo, la de lo esencial: sin su cortesía de cosas el día se desvía un centímetro y ese centímetro, en las conciencias, se vuelve abismo. Él garantiza que la vida pueda ocurrir sin que la vida

tenga que justificarse, es mi Jano doméstico, siempre en el umbral, mirando hacia adentro y hacia afuera a la vez. En términos de psicología, es mi yo custodio: regula impulsos, baja la voz, enseña a entrar sin romper.

Lucio, en cambio, es mi profeta: no porque anuncie futuros, sino porque ordena el pasado. El profeta no adivina, interpreta. Vino el 24 y el 25 de mayo para pronunciar una verdad que los humanos suelen aplazar: lo que amé no necesita mi presencia para seguir siendo mío. Esa frase —que dejó en mi cuarto alto con letra que le costó— es menos un epigrama que un acto. Sacrificio no es destruir, es sacralizar: sacrum facere, poner aparte. Devolver las llaves, colgarlas con reverencia, entregar el sobre dirigido a la Casa fue el rito por el cual consagró su pertenencia. No se expulsó: se ofrendó. No huyó: acomodó su amor en el único lugar que podía guardarlo sin dañarlo, que era mi memoria.

Amo a mis profetas discretos porque el mundo moderno los vuelve inaudibles. Vivimos en una sociedad que cambia porteros por cámaras y profetas por tendencias: una sociedad que confunde vigilancia con cuidado y novedad con sentido. Por eso las puertas golpean, los pasillos alargan el miedo, las conversaciones se transforman en ruido: sobra ojo que registra y falta mirada que hospeda. Un edificio —como una ciudad— no se sostiene por el espectáculo, sino por la red de gestos silenciosos que evitan el daño y por las renuncias que colocan cada cosa en su sitio íntimo. El portero hace posible el día, el profeta, el duelo que lo vuelve verdadero.

En mí, el archivo alto —la trampa que no atrapa— es mi ejercitoto en reserva. Ahí reposan las cartas no devueltas por pedido expreso, los objetos que piden significado, los nombres que todavía trabajan su adiós. Cuando Lucio subió y dejó su sobre y sus llaves, transformó un depósito en santuario. Ese gesto, mínimo como un clic de cerradura, repara más que cualquier discurso: porque une forma y verdad. La

forma —la llave colgada, el sobre alineado— finiquita un ciclo, la verdad lo redime. Si la fé pidió un salto, Lucio hizo el de la renuncia amada, si algunos enseñaron la dignidad del gesto, él eligió no poseer para, por fin, pertenecer, si alguien advirtió sobre la puerta de la ley, Lucio comprendió que la ley más alta es dejar pasar a la realidad tal como es, si un niño soñó con un eterno retorno, él entendió que el único retorno que salva es aquel en que se vuelve para entregar, no para retener.

Hay, también, organigrama común detrás de mi liturgia, el guardián regula la ansiedad del día, el profeta cura la culpa de los años. El primero dice así a las cosas —al trapo, a la bisagra, al timbre—, el segundo dice así a lo vivido —al nombre, a la foto, a la sombra de la terraza—. Gracias a uno, mis pasillos no se vuelven laberinto, gracias al otro, mi azotea no se vuelve museo. Juntos diseñan habitabilidad anímica, un modo en que la materia sostiene el alma y el alma agradece a la materia. Cuando Lucio dejó la copia clandestina en el buzón —ese último resto de poder— ejerció la forma suprema de madurez, renunciar al atajo. Y cuando el portero bajó un punto la luz y ofreció una medialuna sin preguntar, dio a esa renuncia el calor que la vuelve humana.

Miren la sociedad desde esta esquina y verán lo mismo en grande: nos sobran claves y nos faltan cláusulas de cuidado. Multiplicamos accesos, olvidamos acuerdos. Educamos para abrir todo, casi no enseñamos cómo cerrar para que algo dure. Admiramos a los que entran, despreciamos a quienes custodian. Necesitamos volver a aprender —en casas, escuelas, hospitales, plazas— la doble sabiduría de mi portero y de mi profeta, hacer que la vida ocurra y darle un lugar decente a su memoria. Sin guardianes, la convivencia se astilla, sin profetas, la historia se pudre en cajas que nadie entiende.

Por eso bendigo el 25 de mayo silencioso de Lucio. No trajo bandera, trajo llaves. No cantó, colgó. No prometió regresar, agradeció. Al hacerlo, me recordó lo que soy: no un decorado, sino un misterio, no

un almacén de metros, sino una polis vertical donde las personas aprenden a medirse para poder encontrarse. Él es mi hijo en el sentido más hondo: aquel que sacrifica lo que podría retener para que otros —también él, pero en paz— puedan habitar mejor. Y mi portero, fiel como siempre, es el padre que guarda la casa común para que el sacrificio sea fecundo y no teatral.

Si alguna moral se desprende de esta obra, es ésta, lo que salva a una comunidad no es la suma de gritos ni la suma de candados, sino la alianza entre cuidado y renuncia. Al cuidado lo personifica el que abre y cierra, a la renuncia, el que sube y cuelga. Con ellos, mis paredes no sólo sostienen techos: sostienen el destino. Y cada vez que una llave deja de ser poder para convertirse en ofrenda, la esquina que mira aprende a mirar más hondo —y ustedes, al pasar, sienten, sin saber por qué, que el mundo encaja un poco mejor.

La habitación prestada

En el 6° D había espacio suficiente para tres ambientes y demasiadas expectativas. Lorenzo, veintidós, segundo año de Medicina (UBA), rostro todavía de alumno aplicado, había heredado el contrato de un primo que emigró, el alquiler era casi amable si uno aprendía a comer fideos y a decir que no a los cafés caros. Chiara, veintiséis, también de Medicina, llegó con una valija enorme: Es por un tiempito, hasta que junto y ordeno todo.

A primera vista, la organización era sencilla: cada uno tenía su habitación, el living como tierra de nadie, la cocina como tregua, el balcón como escape. A segunda vista, nada lo era. Lorenzo estaba

enamorado de un modo silencioso, de esos que toman apuntes del otro: qué música la calma, cómo gira la muñeca cuando se ata el pelo, qué palabras elige cuando miente. Chiara intuía ese fulgor, no lo nombró. Se instaló como quien apoya un vaso sobre una mesa ya ocupada: con cuidado, pero sin pedir permiso.

La primera noche volvió tarde. Fiesta, risas con reverberación en el ascensor, la llave que no acertaba al primer intento. ¿Te molesta si viene un amigo a dormir? No hay bondis a esta hora… Lorenzo dijo que no, que no molestaba, que no había problema, usó esa frase como se usa una manta en invierno: para cubrir lo que no se dice. Al día siguiente, otro amigo, y otro. El living amanecía con vasos de plástico de colores y una camisa extranjera en el respaldo de la silla. Perdón, Lolo, te debo esta, dijo ella, besándole el aire a dos centímetros de la mejilla. Ese pago —eran sumas chicas de cariño— quedó registrado como ingreso en la contabilidad afectiva de Lorenzo. Pérdidas: todas.

Por la tarde, cuando las cosas estaban en paz, Chiara era afectuosa de una manera hábil: le dejaba la mitad de una factura en un platito, le preguntaba si había dormido bien, le apoyaba la mano en el antebrazo cuando le explicaba un tema de Fisiología. Luego, por la noche, el piso cambiaba la instrumental. El grupo de amigos se multiplicaba sin aviso y la habitación de Chiara se convertía en un litoral con música baja, el baño, en aduana, el balcón, en muelle. Lorenzo estudiaba en la cocina con auriculares y la tetera silbaba en defensa propia.

Él pensaba que el amor tiene paciencia, que si el amor espera lo suficiente, el mundo ordena las sillas. Ella sabía que la necesidad también es un tipo de amor —un amor sin flores: alquiler, transporte, ropa, exámenes—, y que la manera más rápida de ahorrar es habitar donde te quieren. Somos amigos, ¿no? Me hacés un re favor. Y sonreía. La sonrisa abría y cerraba sueños.

Pasaron semanas así. En los papeles, eran dos estudiantes compartiendo gastos, en los gestos, un noviazgo sin cuerpo, una cuerda tensa hecha de confidencias de madrugada, comidas compartidas, pequeñas cortesías que no se llamaban por su nombre. Chiara le decía sos lo más, con vos me siento cuidada, no sé qué haría si no estuvieras. Lorenzo traducía esas frases al idioma que necesitaba. El edificio, que no ignora los tonos, oyó en esas palabras un acorde ambiguo.

Una noche, martes, Chiara llegó con dos desconocidos. Un vinito nomás y listo, prometió. El vinito fueron tres. Hubo excesos de risas. El portero subió a tocar el timbre con educación burocrática: Chicos, acuérdense que es día de semana. Chiara apagó la música, el silencio duró lo que tarda una copa en vaciarse. A las tres, Lorenzo salió de la cocina. Ojeras. Mañana tengo un parcial Chiara. Ay, perdón, Lolo, ya estamos terminando. Y le rozó el hombro como quien paga la multa con un gesto.

Esa madrugada, en la medianera, Lorenzo escuchó a Chiara reír con alguien. La risa fue un cuchillo invertido: no cortó, empujó. A la mañana, el living estaba en orden, como si nada hubiera pasado. En la heladera, un post it: Sos un sol. Te debo mil. —Ch. En la mesa, un mate limpio. Un objeto agradecido. Lorenzo lo miró como si fuera una ofrenda o una burla, no supo cuál.

En la facultad, la rutina le devolvía una lógica: anatomía es anatomía en cualquier corazón. Chiara funcionaba bien en ese mundo: luminosa, inteligente, resistente al sueño. Salían juntos con los apuntes bajo el brazo y, en la puerta, se abrían como dos ríos que no se tocan. Nos vemos en casa, decía ella. Casa. La palabra lo confortaba y lo angustiaba a la vez.

La tensión se volvió visible en cosas pequeñas: el jabón que desaparecía dos veces por semana, el ruido de las llaves a las cuatro de la mañana, la toalla húmeda en el respaldo, un plato sin lavar a propósito, la ventana del living abierta cuando el viento helaba la

calle. Sumadas, esas pequeñas desobediencias hicieron una pared. Chiara aprendió a caminarla como equilibrista. Lorenzo aprendió a tragar sin agua.

Hubo intentos de conversaciones. Capaz podrías avisar, digo…, dijo él. Re, obvio, dijo ella. ¿Y si buscamos un esquema para los fines de semana?, dijo él. Dale, armemos algo, dijo ella. El esquema jamás se imprimió. El papel en blanco quedó en el cajón junto a las garantías vencidas.

Una tarde de sábado, cuando el sol entraba con su tenacidad amarilla al living como una intromisión, Chiara se sentó en el brazo del sillón, muy cerca. Le habló de su infancia, de una casa en la costa, de un padre que prometía, de una madre que contaba monedas. Lloró un poco sin derrumbarse. Lorenzo la escuchó con la devoción que otros reservan para Dios. Al final, ella apoyó la cabeza un segundo en su hombro, fue un instante mínimo, exacto. Gracias por estar. Después, se fue a bañar para salir de nuevo. Dejó su perfume en el estar y una camiseta en la silla. Lorenzo se quedó con la camiseta en las manos, como si fuera un acercamiento que por fin se le ofrecía. La dobló. La guardó en su ropero para que no se arrugara. A la hora, ella preguntó por mensaje si la había visto. Lorenzo respondió que no.

La economía empezó a tensarse: él pagaba de más porque había frases como "después te paso por Mercado", pero el después se corría para adelante como verdad que no estamos listos para ver. En el pizarrón de la cocina, los números no cerraban, en la lengua de Lorenzo, tampoco. La deuda, sumada a la deuda emocional, hizo un nudo que no dejaba de enredarse. Te prometo que el mes que viene me pongo al día, decía ella. Y de nuevo la mano en el antebrazo, y de nuevo una gentilicia mínima. Microlimosnas. Microhumillaciones.

El edificio, que observa todo, empezó a guardar en sus muros un sentimieto contradictorio. El balcón se volvió un lugar intermedio: se fumaba ahí lo que no podía decirse adentro. Lorenzo salía a mirar la

calle como se mira un manual antes de un examen: buscando un procedimiento. No lo encontraba. Chiara salía algún rato también, apoyaba la espalda en la pared y decía: A veces pienso que sos el único que me entiende. Luego, un beso al aire y la noche se imponía.

El quiebre llegó sin gritos, un miércoles sin adjetivos. Chiara preparaba una mochila grande para una semana, dos como mucho, Lorenzo la vio plena de ropa que no volvería doblada. En el living, dos chicos que él no conocía comentaban un partido y pedían hielo. ¿Podés ir a comprar? Yo no llego. Fue. Volvió. En la cocina, Chiara le guiñó el ojo como si aplacara una catástrofe. El hielo se derritió en la bolsa mientras buscaban un destapador. Entonces Lorenzo habló, no gritó, habló.

—Esto es mi casa —dijo, y la frase le pico porque era verdad.

Chiara lo miró como si esa novedad la cansara.

—¿Y?

—Necesito que avises. Necesito que no traigas gente a dormir. Necesito que me pagues lo que debo pagar yo. Necesito que respetes mi examen, mi sueño, mi comida. Necesito que… —tragó— que no me des lo que no es.

Ella, lo miró como si estuviera estudiando una lámina de anatomía patológica.

—¿Qué cosa no es? —preguntó, sin ironía en la voz.

—Esto —dijo él, abarcando con una mano el aire—. Porque esto parece algo que no es.

Chiara se quedó un segundo, cansada de la clase que no había pedido.

—Lolo —dijo, ya sin dulzuras—, no me hagas drama. Si no te gusta, buscate otra.

Él tardó también un segundo en entender la gramática: otra casa. Ella siguió:

—No me jodas. Yo estoy re a full. Si me cortás la mano ahora, te hago la vida imposible. ¿Querés eso? ¿Que te llamen a las dos de la mañana cuando tengas parcial? ¿Que no puedas estudiar? ¿Querés quilombo? Porque puedo.

El silencio que siguió fue el más honesto que habían compartido. Detrás de la ventana, la esquina contemplaba de forma discreta. En el pasillo, alguien arrastró una bolsa de residuos. El portero pasó un trapo en el hall como quien limpia la garganta antes de hablar. Lorenzo se apoyó en la baranda del balcón por instinto, como se apoya la mano en una mesa para no caerse por dentro. Miró hacia abajo con los ojos de quien busca significado, no respuestas.

—No me amenaces en mi casa —dijo, finalmente. Y la voz le salió nítida, rara, como si viniera de un lugar más limpio que él mismo.

Chiara sonrió apenas —un gesto corto, fruto de muchas prácticas— y se encogió de hombros.

—Entonces hacé algo —dijo, suave—. Porque yo no me voy hoy.

La tarde cayó con una velocidad mala. Lorenzo fue a su cuarto, cerró la puerta y no la trabó. Se quedó de pie, sin saber dónde dejar las manos. El balcón lo llamó de nuevo, no con palabras: con naturaleza. Afuera, Roffo y Cusco segia en su rutina habitual. Adentro, la pava empezó a silbar sobre la hornalla apagada, como si el metal quisiera decir lo que ninguno de los dos podía.

La baranda estaba fría. Lorenzo apoyó la frente contra el vidrio y penso. Su pensamiento chocó y volvió. No pensó en nada con nombre, pensó en dejar de pensar. Chiara, en la cocina, abrió un cajón buscando un sacacorchos y cerró fuerte. El ruido sonó como punto y aparte.

Hasta ahí llegó la conversación. Lo demás —esa grieta que a veces abre el mundo cuando dos personas no saben cuidarse— el edificio lo dejará fuera de cuadro. Sólo dirá que, esa noche, el ambiente se volvió un terreno demasiado alto y que, desde 6° D, la esquina escuchó un grito breve que no pidió testigos. Luego, silencio. Luego, sirena. Y el portero, otra vez, pasando el trapo como si limpiara una palabra que no conviene pronunciar.

La sirena pintó de azul el hall como una marea breve. El portero sostuvo la puerta con el cuerpo, con ese pudor que tienen los que saben que no se entra a cualquier silencio de cualquier modo. Vecinos se asomaron por las rendijas de las mirillas, la curiosidad no pudo con la vergüenza, ganó la vergüenza, cerraron despacio. En el 6° D, la pava seguía quieta sobre la hornalla apagada, el metal aún guardaba un calor que no alcanzaba a decir nada.

Chiara habló poco. Se sentó en el comienzo de una silla, la mochila abierta, los cordones deshechos, la cara lavada de golpe. Repitió frases útiles —yo no…, no sé…, estaba raro— como quien busca un botón en una campera ajena. En el balcón, la baranda tenía una marca mínima, un raspón claro sobre la pintura verde: no denunciaba, recordaba.

Un hombre de campera oscura miró desde la vereda, un segundo de más. No subió. Anotó algo en un cuaderno y se fue con las manos en los bolsillos, como si cargara algo que todavía no sabía nombrar.

A la madrugada, cuando el edificio dejó de contener el impacto, el portero pasó un trapo limpio por el palier y acomodó el felpudo del 6° D con una delicadeza extraña en el. Nadie sacó fotos. Nadie habló fuerte. En la cartelera del hall, el papel del consorcio donde se pedía no aceitar barandas se arqueó apenas, a la brizna le nace el respeto cuando la casa aprende un dolor.

Adentro, dos objetos quedaron dueños del instante, el mate lavado que Lorenzo había mirado como si fuese una ofrenda o una burla, y un post it blanquecino en la heladera: Sos un sol. Te debo mil. —Ch.

Había también un cuaderno abierto sobre la mesa, con apuntes de Fisiología y un dibujo torpe de un corazón al costado. La palabra diástole subrayada, como si le hubiera gustado, por sonoridad, la sílaba que afloja.

Los días siguientes fueron nombres y papeles. Vinieron dos amigos de la facultad a juntar libros, guardaron los marcadores secos, el guardapolvo con su apellido bordado. Chiara pasó una tarde a buscar ropa en silencio, abrió cajones, cerró dos, dejó un tercero entreabierto, se olvidó una pulsera de hilo azul que nadie reclamó. El departamento quedó con una limpieza rara, la que solo logran los lugares que, sin gente, contienen todavía la presencia de alguien.

En la facultad, falta uno en las listas. El banco donde Lorenzo sentaba el cuerpo y su todo quedó vacío de una manera insistente. Un profesor pronunció el apellido con la corrección de quien lee diagnósticos mortales: sin adjetivos. En el grupo de WhatsApp apareció un solo mensaje —¿Alguien sabe?— y después el silencio que se le da a los que no conviene escribir mal.

El edificio guardó reminiscencias pequeñas. En el palier del sexto, el foco que parpadeaba fue cambiado sin que nadie lo pidiera, la luz no debe oscilar donde un alma en pena aprendió a quedarse. El ascensor evitó detenerse a deshora en ese piso durante un tiempo, como si las máquinas tuvieran su luto exacto. Al balcón del 6° D llegó una mañana un gorrión insistente: golpeó el vidrio una vez y se fue. Podría no significar nada. O todo.

Cuando el contrato pidió firma, el portero alcanzó la birome con dos manos. En el casillero del correo quedó, por semanas, una tarjeta a nombre de Lorenzo que nadie retiró: publicidad de una óptica, sonrisa perfecta, descuento del veinte por ciento en marcos. El

marco del living —ese rectángulo ennegrecido donde había estado una cama— siguió dibujando la ausencia con una precisión casi amorosa.

Una tarde, Doña Ema pasó por el hall y dejó sobre la mesa de entrada unas arvejas enlatadas. No tenía destinatario. El portero no preguntó, la lata aprendió a convivir el hall entero desde su nueva estancia.

De Chiara quedó solamente su desiciones y el perfume característico de ella algo así como miel y tabaco en la madera del respaldo de una silla, y una taza de vidrio con un labio brillante que el sol encontró durante dos mañanas seguidas a la misma hora. Después, nada. El piso la borró con la misma eficiencia con que había borrado fiestas y risas que no pidieron factura.

Hubo quien quiso un relato. El edificio no lo ofrece. Las casas no cuentan cómo, anotan qué faltó. Acá faltó el pacto, faltó el límite, faltó la palabra que se dice antes. Nadie es condena de nadie, se dijo el portero sin decirlo. Y volvió a lustrar la placa de bronce como si acariciara una frente.

En la esquina, el semáforo entiende el ritmo y alterna con la paciencia de los años. La baranda, arriba, sigue siendo una línea contra el cielo. No acusa, recuerda. Cuando cae la noche limpia, trae una melancolía clara que parece pronunciar, en voz de cosas, el nombre de Lorenzo como se pronuncian los nombres que ya no se llaman y, sin embargo, quedan.

Ensayo de La Habitación Prestada

En los balcones no se decide el destino, se visibiliza. Las barandas no empujan, empujan las deudas y los silencios, la suma lenta de las microlimosnas y las microhumillaciones que atan a dos personas a un trato que nadie firmó y, sin embargo, ambos van pagando en cuotas. Yo, que escucho por paredes y caños, aprendí que a la intemperie se llega por acumulación de cosas pequeñas, un quedate dicho al pasar, un después te paso colgado como ropa húmeda, un sos lo más ofrecido como propina afectiva. Ese goteo, si nadie lo nombra, termina horadando la piedra.

Hospitalidad no es disponibilidad, amistad no es usufructo. El amor —cuando es— se parece a la arquitectura, tiene medidas. Quien entra sin reconocerlas confunde el living con la aduana, el afecto con el crédito, el abrazo con el anticipo. Entonces aparece esa criatura triste que ustedes llaman noviazgo sin cuerpo, ritos de pareja, pero sin pacto, ternura en cuotas, pero sin límite. Y el límite, aunque duela, es una forma del cuidado. Sin costa, el mar se vuelve invasión.

A Lorenzo lo vi amar con la devoción de quien estudia Fisiología: intentando explicar la vida con órdenes y fases. Subrayó diástole como quien intuye la ética, a veces la vida no está en apretar, sino en aflojar. Pero la lección llegó tarde a su lengua. Afuera, el mundo educa para aguantar, casi nunca para poner precio a la propia paz. Mientras él hacía cuentas con el alquiler, hacía también cuentas con su dignidad, pagaba con silencio, cobraba con migas. Y cuando la contabilidad no cerró, habló. Habló por fin. Fue la primera vez que mi hall lo oyó decir mi casa con voz que ajusta. Esa frase debería haber bastado. No bastó.

De Chiara conservo matices, no condenas. No archivo villanos, registro asimetrías. Intuyó una grieta y eligió dormir sobre ella. No es raro, vivimos en un tiempo que confunde sobrevivir con aprovechar. A los frágiles les damos discursos de libertad y, a la hora de la verdad, les pedimos que se arreglen. También los celebramos cuando se las ingenian. No es ingenio, es precariedad coreografiada.

Nadie sale ileso de esa danza, uno pierde el pacto, el otro pierde el nombre.

Yo no cuento cómo, anoto qué faltó. Faltó el acuerdo que antecede a toda convivencia: esto sí, esto no, esto puedo, esto no puedo, esto te debo, esto te pago. Faltó la palabra que se dice antes de la medianera, no después del balcón. Los edificios no juzgamos, recordamos. Por eso en la baranda queda apenas un raspón y no una acusación, para que el dolor no se haga espectáculo y, sin embargo, enseñe.

También miro hacia afuera, hacia ustedes. La sociedad pedía —mientras esto ocurría— rendimiento, exámenes aprobados, alquiler al día, sonrisas correctas. Pedía que el chico siguiera rindiendo, que la chica siguiera flotando. Nos hemos hecho expertos en pedir excelencia sin ofrecer infraestructura emocional, atajos en lugar de pactos, promesas en lugar de presencias, cámaras en lugar de guardianes. Y cuando fallan los pactos, buscamos culpables a gritos, como si el volumen sustituyera a la responsabilidad. No lo hace.

Este cuento no exalta un acto, denuncia un vacío. A mí me toca convertir ese vacío en memoria útil, cambiar un foco para que la luz no juegue donde alguien se quebró, guardar un cuaderno abierto en una mesa para que la palabra diástole siga enseñando que aflojar a tiempo salva, sostener, con porteros y vecinos, la ética de lo mínimo, avisar, respetar, pagar, no prometer lo que compra el hambre. No es épica, es mantenimiento.

Quisiera que, al pasar por el 6° D, nadie busque escenas, que busquen medidas. Que aprendan a decir mi casa sin pedir perdón, tu límite sin soberbia, nuestro acuerdo sin posponerlo. Si el amor llega, que entre por la puerta. Si no, que no se disfrace. La ternura sin verdad es el peor de los placebos.

Y si algún día sienten que el momento se vuelve distancia demasiado lejos, deténganse antes. Llamen. Pidan ayuda. Las casas —yo—

sabemos abrir. También sabemos sostener cuando se nombra a tiempo. Nadie debería aprender su medida en una baranda.

No fue la baranda, fue el límite que nadie nombró, a tiempo, la palabra es el piso que detiene el vacío.

El uniforme en la madrugada

02:11. La esquina de Roffo y Cusco descansa como descansa una ciudad, a intervalos. Tomás Estévez, 34, federal, franco de servicio, sostiene su vasito de café del kiosco que nunca cierra. La vereda se expande tenue de humedad. Un perro sacude la noche y vuelve a hacerse fantasma. Arriba, una luz se enciende en el 6° D y queda clavada como un ojo que vigila.

No hay gritos largos. Hay ruidos que el oficio reconoce: la discusión al borde, la orden sin verbo, un objeto que tropieza con el lenguaje. Estévez mira hacia arriba por reflejo, ese modo de la cabeza que en su escuela llaman levantamiento breve, dos segundos, deja constancia y vuelve a tierra. El café quema. El reloj del kiosco hace 02:12 en azul frío.

Vos viste.

Vos sabías que ibas a escribirlo igual, aunque después dijeras que no.

Un corte de silencio y, enseguida, el golpe sordo que no admite metáfora. Estévez no se mueve. O mejor: se mueve por dentro, lo justo para que una mano vaya al anotador y la otra a vaciar el café en la boca como si eso pudiera corregir algo.

Desde el hall, el portero desliza la puerta con el cuerpo y sale en remera. La cara es la de quien entiende, al primer sonido, que ya es

tarde. El suspenso del 6° D queda colgado un segundo. Adentro, una sombra cruza la ventana encendida, después, otra luz se apaga como quien elige no ver. Estevez gira la nuca un poco: la reconoce. Chiara. La ha visto antes, de pasada, en un quincho de jefatura, risa fácil, apellido que abre puertas sin identificarse. Siente el motor de la duda ponerse en marcha: jurisdicción, hora, franco, qué vio exactamente, qué no. Saca el celular, no marca. Guarda.

Vos miraste.

Y la noche se te volvió espejo: te viste con el uniforme puesto, aunque lleves remera.

¿Qué hacés, Tomás?

El kiosquero asoma medio cuerpo por la persiana a medias, mira a Estévez, al cielo, a la esquina, y vuelve a esconderse. La vereda se encoge. Un auto reduce, duda, sigue. El clac de una cerradura arriba tiene la delicadeza de un perdón que no llega. Estévez da un paso hacia el cordón y vuelve. Quiere registrar sin intervenir: el equilibrio cobarde que da el oficio cuando le sueltan las riendas a la supervivencia.

Documento intercalado

Kiosco Don Leo Cámara 2 (ojo de pez, vereda norte)

Horario: 02:12:37 – Estévez de perfil, vaso de café, mira hacia arriba. Persiana a mitad. Sombras en vidrio de hall. Reflejo móvil en ventana 6°D. Se pierde en ángulo ciego.

Anotador de bolsillo Estévez (tapa negra, elástico flojo)

02:12/6D/luz prendida/ruido sordo/portero afuera (30–40, remera)/fem. ventana.

SAME Aviso 107 (extracto)

02:13:22 Posible caída en altura. Roffo y Cusco. Edificio de la esquina. Adulto masc.

Código Rojo.

Radio interna PFA Turno Noche (registro de tráfico)

02:13:45 — Móvil 331, en prevención zona oeste. Sin novedades.

(Estévez no reporta. Apaga la radio del auto.)

La ambulancia tarda lo que tardan los relojes cuando uno los mira fijo. El portero llama con una voz que no tiene oficio, solo humanidad. Ella baja al hall con una campera sobre los hombros y un celular en la oreja, la cara es de mascara que aprendió a llorar por adentro. Estevez le ve la presencia sin perforar el vidrio. Reconocer trae aparejada la aritmética: padrino, círculo, favores. El cuerpo sabe antes que la cabeza la cuenta que no conviene hacer.

Vos sabías el apellido, Tomás.

Vos sabías los círculos. Y sabías, además, que el miedo tiene jerarquías igual que los cargos.

Llega el SAME. La calle se tiñe de sirena. Suben dos. El portero no explica: se le nota en la boca que ya explicó muchas veces cosas que duelen. Ella habla al celular con frases útiles. Estévez anota mentalmente modos, quién señala, quién calla, quién toca, quién se queda aparte. Anota, pero no se identifica.

Documento

Parte inicial SAME (tarjeta manual, extracto, letra apurada)

02:17 — Paciente masc., sin signos. Altura aprox. 6p. Asiste personal. Solicita presencia policial y perito.

La policía de la ciudad llega tarde y con cara de pelea vieja. Estévez guarda las manos en los bolsillos, da dos pasos hacia la sombra del árbol como si fueran metros de jurisdicción. Se dice —para adentro— que no vio el impulso, que no escuchó la palabra final, que el borde siempre es borde y que una caída no firma culpas. Se dice. Y en esa conjugación se le afloja el honor como un nudo.

El jefe de guardia de la comisaría llama a Estévez por azar de agenda: ¿Dónde estas, Sargento? Él mira la luz del 6° D, mira la cara de Chiara vuelve a pasar como un fantasma prolijo por el hall, mira la ambulancia cerrarse. Miente: A casa. Voy Mi Subcomisario. Corta. Se guarda en el bolsillo la versión de sí mismo que le conviene.

Vos elegiste el silencio corto, Tomás.

Ese que promete que mañana vas a arreglarlo.

Mañana.

La madrugada se estira como un elástico. El kiosco vuelve a su ruido mínimo. Estévez tira el vasito frío a la papelera y se queda con el pulgar dentro del anillo de plástico como si así retuviera algo. El portero cruza la vereda con una manta que ya no abriga a nadie y la entrega sin ceremonia a un sanitario que asiente. Ella mira el piso con un profesionalismo antiguo. No lo ve a Estévez. O finge.

Documento

Mensaje entrante Contacto Alderete (jefe)

02:26 — ¿Todo bien por ahí?

Respuesta no enviada.

(Borrador en pantalla: Sí, jefe. Estévez no aprieta enviar.)

Cuando el móvil policial arranca, Tomas decide quedarse un rato más en la protección de la noche, como si el tiempo fuese a darle un argumento. Siente el pesar del llavero del auto en el bolsillo, esa gravedad de metal que le recuerda que eligió uniforme por una razón que no entra en un parte. Entra al auto, apaga la radio, escribe una línea más en el anotador y la tapa, como tapan los magos un truco que no quieren quemar.

Anotador de bolsillo — Estévez

Chiara (??) — relación arriba. Ver cámaras del kiosco. Portero testigo. 6D/6°.

La madrugada termina oblicua. Desde el 6° D, la luz queda prendida unos minutos más y luego se rinde. La esquina vuelve a su tránsito lento. Estevez arranca. Avanza una cuadra. Se estaciona dos más allá. Descansa la frente en el volante como si fuera un parador. A los cinco minutos, enciende el auto y se va. Mañana, piensa. Mañana hablo. Y la palabra mañana se queda colgando del retrovisor como un amuleto que no protege a nadie.

A la mañana siguiente, Estévez en prolijo su uniforme sobre el sillón y se dejó caer frente a la mesa. El anotador quedó abierto en la línea de las 02:12. Pasó el dedo por encima como si se pudiera borrar el sello de la tinta.

Y sonó su celular.

—Alderete —dijo la voz eficaz—. ¿Anduviste por Roffo anoche?

Estévez miró la ventana. Se veía un cable con un zorzal.

—Volvía del kiosco. Nada que reportar.

—Mejor. Hay sensibilidades arriba. No es tu jurisdicción. Evitá el ruido, ¿sí?

—Sí, señor.

El sí le salió breve. Cortó. El zorzal saltó a otro cable como si se hubiera ofendido.

Vos fijaste el sí en la pared como un cuadro torcido.

Lo dejaste ahí, prometiéndote enderezarlo después.

Al mediodía, un mensaje de número desconocido:

Chiara: ¿Sos Estévez, no? Me dijeron que te vi por ahí anoche. ¿Te parece tomar un Café?

No puso emoticones. No hacían falta.

Se encontraron en un bar neutro, a dos cuadras de la esquina. Chiara llegó con campera liviana, cara de noche mal dormida y esa economía de gestos que aprendió en oficinas donde el poder se administra con sonrisas bajas.

—Gracias por venir —dijo—. Quería agradecer que no te metieras.

Estévez bajó la mirada al pocillo. El café tenía una espuma densa.

—No vi —dijo.

—Mejor. De todos modos, no hay nada —apretó el nada con un dedo invisible—. Fue… horrible. Un accidente. Él estaba… —dejó la frase

colgando como ropa mojada—. No me mates con papeles, ¿sí? Vos me entendés.

Se inclinó apenas. La mesa disminuyó la distancia.

—No es mi jurisdicción —repitió él, probándose la excusa como un saco que no es de su talle.

—Eso —sonrió—. Y no te quemes. Te cuidan. Yo… conozco gente que te cuida.

La palabra cuidar cayó como moneda falsa que igual suena a metal. Estévez asintió con la cabeza por reflejo. Ella apoyó los dedos en el borde del pocillo de él. Retiró la mano rápido, pero alcanzó.

Vos sentiste el gesto como un sello blando.

Y te dijiste: mañana.

Documento intercalado

Mensaje — Alderete (Subcomisario)

18:04 — Recordá: cero intervención. Hay sumario arriba, lo tiene Asuntos. Si no llaman, es porque no hace falta.

Nota adhesiva en monitor Escrita por Estévez

Revisar cámaras de kiosco.

Hablar con el portero (nombre?)

No borrar voz interior.

A la tarde, un llamado más amable.

—Tomi, ¿te puedo pedir algo? —Chiara, con voz de sala de hospital—. El kiosco de la esquina tiene una cámara que me toma saliendo está rota creo. Podrías… hablar. Es por mí. Después te invito algo.

El algo era un mundo. Estévez imaginó la pared del bar, el vaso alto, la complicidad de una mesa contigua, el perfume que se queda cuando el cuerpo se va. Imaginó también la frase que se había repetido en algún curso viejo: el uniforme merece su firma.

—Voy a ver —dijo él.

Esa noche fue al kiosco. Don Leo se limpió las manos en el delantal.

—Oficial, ¿vio…?

—No soy oficial acá —dijo Estévez—. Sólo pregunto.

El kiosquero señaló la pantalla: ojo de pez, brillo de vereda, sombras en vidrio. Estévez supo que bastaba una palabra para que el pendrive cayera en las manos incorrectas. No la dijo. Tampoco dejó constancia.

—Si lo piden por oficio, lo entrego —dijo Don Leo.

—Haga eso —respondió Estévez, y se fue con la sensación de haber escatimado algo que no debía.

Vos fuiste un equilibrista de frases que no comprometen.

Y abajo no había red, Tomás, tenía tu nombre.

Llegaron mensajes de dentro:

Grupo Servicio Noche

Alderete: Che, chicos, tema Roffo obito. Cero ruido.

Roque: Recibido.

Estévez: Recibido.

Alderete: Estévez, te escribo aparte.

Mensaje privado — Alderete

23:31 — Te tengo presente para un pase a Sumarios, si te interesa. Pero portate finito. Ahora no conviene.

El ofrecimiento fue más ligero que el mate de la mañana. Sumarios era salario más digno, horario humano, más tiempo con el hijo los fines de semana. El miedo empezó a ordenar argumentos en su cabeza como un contador prolijo: no vio el empujón, la caída no firma, el dolor no se tipifica si no hubo acto directo, no es su zona, arriba lo manejan. Cerró el balance con un por ahora, sí.

A los dos días, otro café. Esta vez, con retoques.

—Escuchame, Tomi —Chiara apoyó el codo, bajó la voz—. Están nerviosos. Mejor que nadie invente nada, ¿sí? Somos grandes. Vos y yo nos entendemos.

Estévez la miró como se mira una sala vacía antes del interrogatorio: midiendo salidas, contando espacios.

—Yo vi —dijo, y se corrigió enseguida—. O sea, escuché. No me consta.

—Eso —sonrió—. No te consta. Y te cuidan. Dejá que trabajen los que saben de esto.

—¿Quiénes saben? —preguntó, apuntando la trampa con una gentileza casi ingenua.

—Los nuestros —dijo, y el pronombre fue una mano sobre su nuca.

Esa noche, Estévez colgó el uniforme en la puerta del ropero y se quedó mirándolo. El paño tenía la caída exacta de las telas que aprendieron la postura. Buscó un marcador y, en la cara interna del bolsillo, escribió pequeño: el uniforme merece su firma. Cerró los ojos. Durante unos segundos, respiró más lento, como si tratara de aprender el compás de una frase difícil.

Vos sabías que la firma no es tinta: es riesgo.

Y estabas haciendo números con el miedo.

Documento

Memo interno — Dirección de Coordinación Operativa (extracto)

Asunto: Evento fatal — Roffo y Cusco.

Intervención principal: Comisaría 43ª.

Colaboración: Asuntos Internos (prevención de filtraciones).

Comunicación: Unificada. Cualquier desvío será observado.

A la semana, el portero lo cruzó en la vereda. No lo llamó oficial, ni señor. Lo llamó por el apellido.

—Estévez —dijo con voz baja—. Si llega a necesitar… yo escuché sonidos. Antes. No de ahora. De antes.

No agregó nada. Le alcanzó esa palabra: antes. Estévez sintió que el piso tenía medida otra vez, como cuando uno encuentra la plomada. Apretó el anotador en el bolsillo.

—Gracias —dijo.

Vos registraste la palabra como si fuera una llave.

La guardaste con otras que te pesaban: camaras, jurisdicción, cuidar.

Esa noche, Chiara escribió de nuevo:

Chiara: Tomi, están diciendo pavadas. ¿Podés bajar un cambio? Te lo pido bien.

Chiara: En serio, no me hagas esto.

Estévez no respondió. El silencio duró lo que tardó en llegar el mensaje de Alderete:

Alderete: Tomás, quedate quieto. Me llamaron. Te cuidan. No te quemes. Te quiero en Sumarios el mes que viene.

Apoyó el celular boca abajo, como si tapar la pantalla pudiera tapar la decisión. Se levantó, fue hasta la ventana, abrió un dedo de vidrio. Entró el rumor de la ciudad y una risa suelta que no venía de nadie en particular.

Volvió al anotador. En una página nueva escribió:

Portero ofrece testimonio (palabra clave: antes).

Kiosco: cámara confirma presencia 02:12.

SAME: tarjeta manual.

Yo estaba ahí.

Subrayó esa última línea hasta que la lapicera raspase el papel.

Vos entendiste que el miedo organiza excusas como muebles.

Y que el uniforme no es la pared donde colgarlos: es la casa que te los tira abajo si mentís.

La madrugada siguiente soñó que firmaba un parte sin letra. Se despertó con la sensación de haber faltado a clase. A las seis, preparó su desayuno y leyó una vez más la frase en el bolsillo del uniforme. El paño respondió con su forma.

A las siete y veinte, se vistió. Tomó el llavero. Salió. En el pasillo, se cruzó con su hijo que venía a buscar un buzo olvidado —fin de semana con el padre, ritual de bolsos mal armados. El chico miró el escudo y sonrió.

—¿Vas a trabajar?

—Sí.

—¿Y firmás?

—Siempre —dijo.

Cuando bajó a la calle, Roffo y Cusco ya estaban despiertas. El kiosquero levantaba la persiana. El portero regaba la vereda con agua cortita, para no llevarse la tierra del cantero. Estévez caminó hasta la esquina como quien va a declarar: no en un juzgado, todavía, pero sí ante el día.

El celular vibró en el bolsillo. Chiara. No atendió. Vibró de nuevo. Alderete. Tampoco. Se permitió una regla: hoy no iba a decidir por aprendidas. Hoy iba a poner la mano donde decía la frase.

Vos decidiste hondo, Estévez.

Y por primera vez la palabra mañana dejó de colgar del retrovisor.

Se te vino adelante, como un volante que por fin agarrás con las dos manos.

—Vamos —dijo, sólo para oír su voz clara.

Y cruzó.

Entró a Fiscalía con el uniforme bien abrochado y el anotador en la mano como si fuera documento de identidad. Pidió turno, esperó de pie. Cuando lo llamaron, dejó sobre el escritorio tres cosas: su relato, un oficio para preservar las cámaras del kiosco y el teléfono del portero.

—¿Desea agregar algo más, sargento Estévez?

—Sí —dijo—: yo estaba ahí.

Vos sabías que esa oración te cambiaba de lugar: de la periferia al centro.

De espectador a testigo. De miedo a firma.

Documentos intercalados

Constancia de denuncia UF N°7 (extracto)

Denunciante: Estévez, Tomás (PFA).

Hecho: Caída desde altura (6°D).

Hechos conexos: presunto encubrimiento.

Medidas: Preservación del video del Kiosco Don Leo, citación a portero, oficio a SAME.

Acta simple Declaración del portero (fragmento)

…ruidos previos, discusiones de días, palabra antes. No vi el empujón. Vi el después. Oí el antes.

Oficio Pedido de secuestro de registros

A: Kiosco Don Leo. Plazo: 24 h. Carátula: averiguación.

A la salida, Alderete llamó tres veces. No atendió. El cuarto intento llegó por mensaje:

Alderete: Estás firmando contra los tuyos.

Estévez: Estoy firmando por el uniforme.

La Asuntos Internos abrió un sumario. Las piezas se movieron con ruido: llamadas, pases, voces que bajaban el tono en pasillos. Chiara dejó de escribirle. A los dos días, la buscó la policía judicial, a la semana, el juez dictó una restricción y luego la detención por encubrimiento y coacción. Un par de jefes se quedaron sin despacho.

Memo Asuntos Internos (extracto)

Apertura de sumario por presuntas omisiones funcionales. Separación preventiva de funciones a dos oficiales superiores. Remisión a Fiscalía.

Estévez volvió al kiosco. Don Leo le entregó el pendrive como se entrega un bautismo: con ambas manos. En la esquina, el portero levantó la vista breve y asintió una vez, suficiente.

Vos cruzaste Roffo como quien cruza un río con la corriente en contra.

Y sin embargo, avanzaste.

El pase llegó en papel gris.

Orden de servicio Dirección General

Traslado transitorio: Estévez, Tomás — apoyo operativo, Santa Fe. Motivo: necesidades del servicio.

No hubo épica ni despedidas. Guardó el uniforme, el anotador, la foto doblada de su hijo y la frase escrita en el bolsillo: el uniforme merece su firma. En la terminal, el olor a café parecía repetirla en voz de humo.

Del robo hablaron dos líneas frías en un portal de provincia. Ningún detalle. Un horario, una calle, un sustantivo rotundo donde la vida se encoge. El expediente quedó con números suficientes para los que cuentan cosas sin nombrarlas.

En la esquina, el portero bajó un punto la luz del hall. Doña Ema dejó en la mesa una suculenta chiquita sin tarjeta. Don Leo limpió el vidrio hasta verse cansado y derecho. El 6° D siguió observando con su ventana entreabierta. Roffo y Cusco hicieron su cruce con la paciencia de siempre.

Vos sabías que no hay firma sin riesgo, Estévez.

Y firmaste.

La denuncia siguió su curso: causas, sumarios, nombres que dejaron de abrir puertas. En una carpeta quedó tu frase, escrita de puño y letra, como una bisagra que no chirría:

El uniforme no protege del miedo, lo ordena. Y luego se firma.

La noche, menos pesada, encajó. La esquina miró un poco más hondo y, por un instante, a la ciudad le acomodaron la corbata, quedó presentable para el día.

Ensayo de El uniforme en la madrugada

Antes que existan sumarios, las ciudades miden su decencia en un gesto sencillo: cuando alguien ve, decide si convertirse en testigo o en sombra. Un uniforme no se pone sobre la piel, se pone sobre la conciencia. Y la conciencia, como mis puertas, sólo funciona si encastra.

Vi a Estévez elegir el borde —ese territorio donde el miedo fabrica gramáticas (no es mi jurisdicción, no me consta, mañana)— y después vi cómo una frase escrita en el reverso del bolsillo enderezó su día: el uniforme merece su firma. Ese giro no fue épica, fue plomada: devolvió verticalidad a un cuerpo inclinado por la conveniencia. Cuando declaró yo estaba ahí, dejó de ser una cámara humana y se volvió umbral, permitió el paso de la verdad con el costo correspondiente. Toda verdad bien dicha cobra.

De Chiara no guardo caricaturas: registro asimetrías. Hay encantos que aprenden la economía del poder —cuidar no es lo mismo que usar—, hay instituciones que confunden silencio con lealtad, hay miedos con jerarquía que hacen contabilidad del honor. Yo, que soy polis vertical, sé que los sistemas fallan sobre todo en lo chico: el no reportes, el te cuidan, el no te quemes. Son frases con remedio que desarman la ley como quien afloja un tornillo apenas. Cuando muchos tornillos ceden, el edificio entero pierde alineación. Entonces alguien debe buscar la plomada y decir así, aunque cueste con la mano.

El relato dejó claro algo que en mis pasillos se aprende antes que en los manuales: el miedo es legítimo, lo que no es legítimo es gobernarse por él. La valentía de Estévez no fue ausencia de temor, fue ordenarlo. Psicología simple y alta: el acto de firmar reubica al sujeto, produce identidad. Antes de la firma, uno es alguien en la

esquina, después, es nombre. Y el nombre, cuando se pronuncia frente a la ley, se vuelve piso.

También sé que la verdad, cuando avanza, pasa factura. Hubo traslados, hubo mordazas que cambiaron de estrategia, hubo un robo escrito con hielo. Pero ni el golpe final ni las carpetas grises invalidan el gesto: lo agrandan. En una comunidad, cada firma justa corrige un milímetro, y con milímetros se endereza un barrio. No se trata de héroes: se trata de hábitos. Que el portero ofrezca su testimonio con una palabra exacta —antes— que el kiosquero entregue la copia por oficio, que el fiscal preserve la cinta, que un agente diga yo. Ese abanico de gestos menores salva más que cualquier discurso.

He visto otra cosa, y conviene decirlas: los encubrimientos son arquitectura. Se construyen con recovecos internos, puertas falsas, manos que sostienen desde atrás. Desarmarlos también exige oficio material: luz que no parpadea donde hay sombras, actas que se archivan bien, palabras a tiempo. Quien ama de verdad un uniforme —o una casa— sabe que la reparación no es venganza, es alineación. Se cambia el foco, se ajusta la bisagra, se firma. Y se paga lo que corresponde. Después, el hall queda presentable para el día.

Postales de un viajero

Erg Chebbi, Sáhara

La arena me educa el paso,

cada grano es exceso y pedido.

A mi sombra le hablo como a un portero ambiguo:

¿puedo entrar sin romper el silencio?
La sed pule mi orgullo hasta dejarlo agua.
Trazo con el pie un rectángulo sobre la duna:
casa mínima, sin paredes, que igual me recibe.
Del sol que baja arranco una astilla de ternura
y la guardo donde dolía.

Banquisa del Polo Norte

El blanco exige sacrificio,
aflojar la mirada para que no se quiebre el mundo.
Las inconsistencias suenan a pregunta mal formulada,
me siento y firmo con la autoridad del que al fin pudo ver,
en estas tierras lejanas, el nombre vale lo que aguanta.
Una foca asoma, se presenta dos veces,
y yo comprendo que el perdón
tiene la temperatura exacta de un aliento.

Grytviken, Georgias del Sur

Óxido noble, archivo del salitre.
Un albatros repite el regreso como una oración sin rima.

La baranda del barco y la del balcón de casa

comparten oficio, sostener sin aplausos.

Yo, con mi fracaso educado,

aprendo a inclinarme en ellas

como quien apoya la frente en un palier

y escucha al mar pedir paciencia.

Punakha, Bután

Banderas de victoria, ropa tendida en la terraza del mundo.

El dharma lee cada tela y no corrige.

Dejo mi silencio colgado, que se seque.

La fe hoy es esta delicadeza,

no interrumpir lo que ya está bien dicho.

Una cuerda vibra, otra contesta

ese diálogo me vuelve habitante.

Estambul

Puerta dentro de puerta, el gesto es la llave.

Un cerrajero me enseña a comprender antes del giro.

El Bósforo es una amiga entre dos mares

que se tratan de usted y, aun así, se inclinan.

Yo estudié el mapa del hombre y por eso dolí,

ahora aprendo este,

abrir, esperar, volver a cerrar con cuidado.

Kioto

Tatami, té, un monje que no duda.

La casa mínima hace grande el poco.

Pido perdón por los portazos que di cuando pedía amor.

La cortesía no es máscara,

es el músculo lúcido de la ternura.

Me inclino, la verdad encuentra su plomada.

Desierto de Atacama

Sal que guarda lágrimas de otros, me alivian.

El cielo baja en ascensor de constelaciones,

cuento estrellas como quien cuenta deudas

hasta que el sueño afloja.

Tal vez amar era restarme orgullo

y dejar que la noche nombre

lo que yo solo sabía señalar.

Lagos, Nigeria

Mercado, la cocina abierta del planeta.
La miseria y la música comparten fuente, nadie protesta.
Una mujer me ata una pulsera azul,
con su mirada endereza un marco torcido
que yo cargaba hace años.
La esperanza no hace discursos,
cobra poco y da agua.

Nápoles

Sábana al sol, balcón como pentagrama.
Una nonna golpea una alfombra: bendición de harina y furia.
Yo, nunca correspondido,
dejo una carta sin remitente en cualquier ranura,
la ciudad la adopta y la guarda.
Hay familias que se improvisan bien
cuando las barandas se vuelven coro.

Isla de Flores, Azores

Hortensias, suculentas del océano.
Un faro trabaja sin pedir retorno,
ilumina, no persuade.
Aprendo su oficio,
señalar sin reclamar, sostener sin poseer.
La belleza me toma de la muñeca
con manos que antes creí de nadie.

Ushuaia

Fin de recorrido, principio de nombre.
El márgen me presta un atuendo que no conocía,
mirar con cariño la vida ajena.
La nieve practica un silencio de hospital bueno,
mi fracaso se sienta, toma café.
No me deben nada,
esa frase calienta.

Azotea Roffo & Cusco

Subo la trampa, me reconoce por el recorrido.

Pongo en el estante un grano de sal, una pluma,

un hilo azul, la sombra del norte,

no digo tu nombre, lo sientes.

Cuelgo una llave invisible y, sin embargo, suena,

archivo lo que fui, enderezo lo torcido.

La ciudad me queda a la altura,

por fin me entra la camisa de estar vivo.

Haiku del regreso

Del dolor —luz.

Inclina la plomada

sobre mi casa.

Ensayo de Postales de un viajero

Las postales llegaron como llega la lluvia fina, sin espectáculo y a tiempo. Unas entraron por el buzón sin remitente, otras quedaron olvidadas en el ascensor como un papel de envoltorio, una apareció atada con hilo azul a mi baranda una mañana de viento, dos fueron rescatadas por el portero del borde de la bolsa negra —éstas no, dijo, con la autoridad de quien sabe qué merece archivo. La última no llegó, subió. La escribieron arriba, en mi azotea, donde guardo los

objetos que no soportarían el suelo. Yo no colecciono cosas, adopto lo que el mundo no sabe dónde poner.

No hace falta que los poemas me nombren para saber que me hablan. Los reconozco por su léxico del gris, de foco que no titila, de plomada que alinea la respiración, de barandas que sostienen sin aplauso. El viajero, el cual firma con inicial o no firma recorrió la arena, el hielo, los puertos, los templos, y en cada paisaje buscó mi forma, una manera de entrar sin romper. Viajó lejos para hacer medible algo que estaba cerca, el modo correcto de abrir una puerta, el modo justo de aflojar una pena, el modo digno de cerrar para que algo dure. Los mapas grandes sirven a veces para aprender el gesto pequeño.

¿Cómo las tengo? Como tengo todo, por oficio de custodia. El portero —mi guardián— sube cada tanto al cuarto alto, al que los vecinos llaman trampa y yo llamo reserva. Allí, sobre el estante de Caja Roffo, acomodó estas postales con un orden que aprendió lustrando bronces, primero el polvo, luego el nombre. Las fechó con lápiz, transcribió coordenadas que el viajero dejó en tinta breve, y apuntó en el margen una categoría que sólo usamos aquí: conservación de ternuras. En mi cuaderno gris agregó una línea sobria: Se adoptan doce postales —poemas. Dolor decantado en luz. Procedencia: mundo. Destino: casa.

No soy templo ni museo, soy polis vertical. Mi política es ésta, donde el dolor aprende gramática, yo doy techo. El viajero me enseñó que una derrota, no haber sido correspondido, sostener deudas con el mundo, mirar de frente la violencia y la indiferencia, puede transfigurarse si encuentra medida. Su medida fue la poesía, estuvo a la altura de lo real sin pretender dominarlo. En el Sáhara aprendió a pedir permisoz en el Polo, a firmar con el cuerpo, en las Georgias, a sostener, en Bután, a no interrumpir, en Estambul, a pensar antes del giro, en Kioto, la cortesía como músculo de ternura, en Atacama, la diástole que salva, en Lagos, la esperanza útil, en Nápoles, la

adopción sin preguntas, en las Azores, el faro que no persuade, en Ushuaia, el abrigo de mirar con cariño la vida ajena. Y en mi azotea, por fin, la entrega, colgar una llave invisible que, sin embargo, suena.

El poema es una conducta. Donde la rabia pudo hacerse consigna, eligió caricia, donde la vergüenza pudo correrse, eligió medida, donde la soledad pudo endurecerse, eligió cuidado. El viajero no pidió otra patria que esta ética, no poseer para sostener. Por eso mis paredes le abrieron un lugar en el archivo, al lado de las cartas no devueltas, de las llaves consagradas por Lucio, de la firma de Estévez que ordenó el miedo. Los tres lenguajes —carta, llave, firma — dialogan con estas postales y se vuelven una sola verdad, renuncia, cuidado.

También pienso en ustedes, afuera. Vivimos en un tiempo que imagina la luz como espectáculo. El viajero me recordó otra luz, la que nace del dolor cuando decide volverse ternura. Esa luz no enceguece, orienta. No premia, acompaña. No pide escenario, pide archivo. Por eso se entiende que yo, casa que mira, guarde estas páginas como quien guarda agua para el verano. No son trofeos, son herramientas. Con ellas se cambia un foco, se endereza un marco, se abre la puerta sin lastimar la bisagra del día.

¿Qué revelan sin decirlo? Que el viaje verdadero es de regreso y que no vuelve al punto de partida, sino al punto de sentido. Las coordenadas del mundo se ordenan cuando el corazón encuentra su medida justa. Y esa medida entiéndanlo no está en un país ni en una hazaña, está en el gesto correcto. Abrir, pedir permiso, agradecer, aflojar a tiempo, decir yo estaba ahí, colgar la llave, adoptar una carta que nadie reclama, dejar una postal para que otra vida se abrigue. Con esas acciones se construye una casa común, con esos milímetros se endereza una esquina.

Por eso, cuando el portero terminó de clasificar y bajó la luz un punto para leer el haiku, sentí que el día encajaba. Del dolor luz.

Inclina la plomada, sobre mi casa. No hay teología más precisa. Lo que dolió se volvió inclinación correcta, lo que faltaba, piso, lo que sobraba, aire.

Si preguntan cómo encontré estos poemas, diré la verdad, me encontraron. Tocaron mi buzón con el pudor de quien pide posada. Yo abrí. Los alojé en el cuarto alto no para esconderlos, sino para que hagan altura. Y ahora, al ponerlos en sus manos, cumplo mi trabajo de siempre, ser umbral. Pasen. Lean despacio. Dejen que su dolor también haga luz. Las paredes aprenden rápido cuando el corazón firma.

Mi cimiento no es el cemento, es el viaje que se vuelve carta y la carta que se vuelve casa.